

	Ant. 395 395	Romana siglo v	Vándala siglo v	Vándala 496-530	Bizantina c. 534-541	cospel s/acuñar	AE ilegibles	TOTAL
C/ Catedrático Soler ⁴	2	–	–	–	–	–	3	5
C/ Alona	5 5,68%	–	1 1,13%	35 39,77%	11 12,50%	9 10,22%	27 30,68%	88
C/ Pérez Medina	–	1 1,88%	1 1,88%	2 3,77%	16 30,18%	–	33 62,26%	53
TOTAL	5	1	2	37	27	9	60	146

Cuadro con la distribución cronológica de los conjuntos monetarios de Benalúa.

cluso insólita de los conjuntos procedentes de las intervenciones realizadas en las calles Pérez Medina y Alona reside en la escasa representación de las emisiones tardorromanas que, con un carácter residual, siempre suele ser predominante en los hallazgos monetarios fechados en el siglo VI en las zonas meridional y levantina de la Península Ibérica. A pesar de la documentación de la llegada de moneda foránea durante el siglo VI, la composición del circulante acostumbra a integrar mayoritariamente numerario del siglo IV que subsiste y se mantiene en uso (Marot, 1997, p. 168).

Por otro lado, en las monedas procedentes de Benalúa se advierte un índice muy cuantioso de *nummi* vándalos y bizantinos, todos ellos de origen norteafricano y fechados, principalmente, durante la primera mitad del siglo VI. La presencia abundante de estos pequeños bronceos otorga a estos conjuntos una trascendencia fundamental para el conocimiento, no sólo de la llegada de numerario nuevo en la costa mediterránea durante el siglo VI, sino también de los vínculos comerciales de esta zona con el norte de África, relaciones fuertemente atestiguadas por las producciones cerámicas.³

El análisis pormenorizado de los conjuntos de las calles Alona y Pérez Medina ha permitido corroborar y ampliar el conocimiento sobre las prácticas y el comportamiento monetario en el su-

deste peninsular durante el siglo VI, un período que desde el punto de vista numismático es todavía bastante desconocido. Sin duda, la evolución de la política monetaria imperial a partir de finales del siglo IV incidió directamente en la formación de un circulante con unas características determinadas. A partir del siglo V, el estado imperial apuesta por la moneda de oro y presta muy poco interés por las emisiones de bronce. El *nummus* se convierte en la única denominación en bronce, producida en muy pocas cantidades (Depeyrot, 1987, p. 46 y 110-111). Esta circunstancia propicia la disminución drástica y generalizada del aprovisionamiento monetario en este metal, que afecta sobre todo a los territorios occidentales del Mediterráneo, desprovistos de un taller activo cercano. Por otra parte, la creciente importancia de las emisiones de oro también contribuye a acelerar la devaluación y a acrecentar la reducción metrológica de estos pequeños *nummi* que, gradualmente, adquieren un valor adquisitivo más reducido. A modo de ejemplo, a finales del siglo V dC, la *ratio* de valor entre el *solidus* y el *nummus* había alcanzado un nivel extremadamente inflacionista, situándose a 1/14.000 (Ladich, 1990, p. 12). Sin duda, esta grave situación favorece el mantenimiento de las viejas monedas de bronce y estimula la aparición de una serie de recursos o estrategias de iniciativa privada o local con la finalidad de subsanar la falta acuciante de numerario de valor escaso.

En este sentido, no es sorprendente comprobar la presencia, aunque en este caso relativamente escasa, de numerario emitido en el siglo IV que, con un acentuado grado de desgaste, permanece en la circulación y convive con numismas más recientes. Sin embargo, es significativo constatar que durante el siglo V el aporte monetario imperial en bronce

3. Es significativo el estudio realizado por P. REYNOLDS (1995) que incluye un análisis detallado e interpreta los materiales cerámicos procedentes de esta zona.

4. Debido a la escasa representación y trascendencia de las monedas recuperadas en esta excavación, se ha estimado conveniente no utilizarlas en el estudio cuantitativo. Por lo tanto, las monedas procedentes de la calle Catedrático Soler no se contabilizan en el total.

debió de ser escaso o inexistente a juzgar por su total ausencia en los conjuntos de Benalúa y, en general, en toda la Península Ibérica. La insuficiente producción y la centralización de su acuñación en pocos talleres debieron propiciar su poca presencia en el circulante peninsular.

ALTERACIONES MONETARIAS

Muchas de las monedas tardorromanas que presentan un grado de desgaste acentuado son objeto de alteraciones físicas que, surgidas como procedimientos o actuaciones locales o privadas, sirven para solucionar las necesidades monetarias no satisfechas por el numerario oficial. De esta manera, el recorte con cizalla de las monedas surge como un recurso para adaptar el peso de los numismas viejos a la constante reducción metro-lógica del *nummus*.⁵ Por otro lado, con la partición de las monedas, práctica muy bien constatada en los conjuntos de Benalúa, se conseguía a la vez ajustar el peso de las piezas residuales e incrementar la masa monetaria.

Los conjuntos de Benalúa también contienen abundantes pequeñas piezas de bronce con un acusado desgaste, aunque por sus características metro-lógicas deben pertenecer a emisiones fechadas entre finales del siglo V y el siglo VI o bien a objetos metálicos que, sin ser propiamente monedas, se utilizaron como tales. En este sentido, son frecuentes los depósitos y los hallazgos monetarios fechados en el siglo VI que, localizados tanto en la zona oriental del Mediterráneo como en el norte de África, han documentado la convivencia de los *nummi* junto con discos o piezas de cobre o de plomo monetiformes sin acuñar.⁶

5. Así, por ejemplo, las monedas cercenadas o partidas se atestiguan en puntos de todo el Mediterráneo, siendo un fenómeno frecuente en prósperas ciudades como *Carthago*, *Sardes*, *Caesarea*, *Apamea*, *Thasos*, *Gerasa* (MAROT, 1998) o en Salto del Lupo (Ferrara, Italia) (ERCOLANI COCCHI, 1988, p. 289).

6. La presencia de discos monetiformes sin acuñar se ha constatado en *Thasos* (PICARD, 1983, p. 432), en un tesoro ocultado en *Syria* a finales del siglo VI (POTTIER, 1983, p. 193) y en contextos fechados en el siglo VI en el *macellum* de *Gerasa* (MAROT, 1998). En el norte de África, su presencia se ha atestiguado en el tesoro 3 de *Tipasa* (TURCAN, 1969, p. 208) y en los tesoros de Aïn Kelba (MORRISON, 1980, p. 242) y de M'Sila (DELOUM, 1989, p. 307). En Classe (Italia) se han documentado cospeles sin acuñar en un pequeño grupo de monedas, probablemente el contenido de un «portamonedas» fechado en el inicio del siglo VI (ERCOLANI COCCHI, 1988, p. 291).

Asimismo, algunos ejemplares presentan una perforación central, característica también atestiguada en hallazgos monetarios norteafricanos y orientales⁷ y, sin duda, realizada con la finalidad de poder enhebrar un número o un peso determinado de piezas, facilitando así su uso cotidiano, su intercambio y su contabilidad (MORRISON, 1980, p. 242). La necesidad de agrupar cantidades fijas de pequeñas piezas debió de convertirse en un recurso que, de alguna manera, sustituya la ausencia de monedas de valor superior en los intercambios. Se debe considerar que la mayoría de los ejemplares recuperados en Benalúa no alcanzan el medio gramo de peso y su diámetro oscila entre los 8 y los 4 mm. El peso extremadamente reducido y el tamaño minúsculo de estas piezas constituyeron inconvenientes y una inevitable incomodidad en su uso y, sin duda, originaron iniciativas para facilitar su movilidad y su intercambio.

Aunque tanto el cercenamiento o la partición de monedas son fenómenos que se manifiestan ya en contextos fechados durante la segunda mitad del siglo V, no hay ninguna duda de que, durante la primera mitad del siglo VI, estos recursos persisten e incluso aumentan (MAROT, 1998). Es más difícil establecer la cronología inicial de las monedas perforadas, aunque esta práctica parece ser algo más tardía, quizá situada a partir de finales del siglo V. En cualquier caso, se trata de un fenómeno bien atestiguado durante el siglo VI (PICARD, 1984, p. 432; MAROT, 1998).

La constatación de todas estas alteraciones en las monedas de bronce se relaciona con la necesidad de solucionar la grave escasez de numerario y de adaptarlo a los menesteres monetarios más habituales. Sin embargo, esta situación no parece estar supeditada a una economía monetaria en retroceso, sino todo lo contrario, pues evidencia la urgencia de obtener circulante apto para las transacciones más cotidianas y de escaso valor, es decir, las necesidades monetarias más primarias de los usuarios. No hay ninguna duda de que el *nummus*, a pesar de su bajo poder adquisitivo, debió de desempeñar una limitada pero imprescindible función económica, pues fue una moneda abundantemente utilizada, atesorada e incluso

7. La presencia de monedas perforadas está documentada en los tesoros norteafricanos de Bou-Lilate, Hamma, *Tipasa* y Aïn Kelba (MORRISON, 1980, p. 242). En la parte oriental del Mediterráneo se han localizado monedas perforadas en el tesoro de la Puerta Marítima de *Thasos* (PICARD, 1984, p. 431), en *Apamea* (CALLU, 1979, p. 28), en *Sardes* (BUTTREY *et al.*, 1981, p. 24) y en el *macellum* de *Gerasa* (MAROT, 1998).

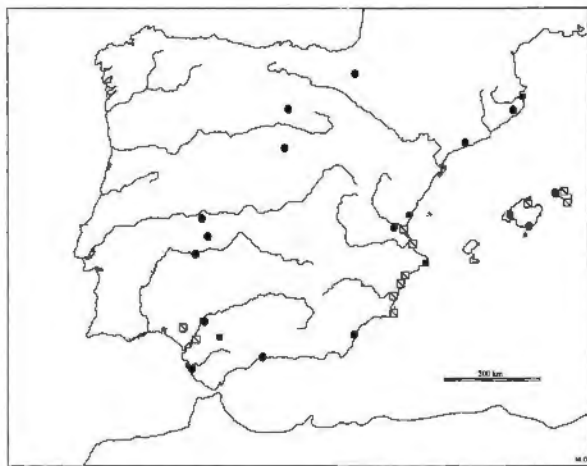


Figura 2. Hallazgos de moneda vándala y bizantina (según Marot, 1997). ■ Hallazgo de moneda vándala. ● Hallazgo de moneda bizantina. □ Hallazgo conjunto de moneda vándala y bizantina.

adoptada y mantenida en los sistemas monetarios del Reino vándalo y del Imperio bizantino (Arslan, 1978; Morrisson, 1970). El importante descenso de la acuñación de moneda de bronce y su deficiente aprovisionamiento no significó una desaparición de las especies monetarias en los mercados locales, sino la rápida aparición de métodos de restitución y de adaptación del numerario (Grierson, 1986, p.52).

PROCEDENCIA DEL MATERIAL NUMISMÁTICO DE BENALÚA

El análisis de los conjuntos monetarios procedentes de Benalúa también ha aportado estimables informaciones sobre los pequeños *nummi* de adscripción vándala y bizantina.

Las emisiones vándalas pertenecientes al siglo V representan un índice muy reducido, con la presencia escasa de las emisiones denominadas vándalas anónimas, probablemente acuñadas con anterioridad al gobierno de Guntamundo (484-496) (Morrisson, 1988, p. 424). No obstante, el aporte monetario aumenta ostensiblemente con los *nummi* acuñados por Trasamundo (496-523), en los que se representa una victoria sosteniendo una corona (Arslan, 1978, p. 78). Además, en el conjunto procedente del solar de la calle Alona es muy significativa la proporción de ejemplares derivados de las emisiones realizadas por Trasamundo. Se trata de monedas inspiradas en el tipo de la victoria, aunque se caracterizan por una esquematiza-

ción tipológica extrema, por un reducido peso y, frecuentemente, por una acuñación defectuosa. En ellas se pueden diferenciar dos grupos: uno se caracteriza por el uso de cospeles gruesos y un peso medio de aproximadamente 0,40 g; el otro, de cronología más reciente, utiliza unos cospeles extremadamente finos y el peso medio es de unos 0,27 g (Morrisson, 1980, p. 241). El conjunto de la calle Alona ha proporcionado ejemplares pertenecientes a los dos grupos y en ellos se puede apreciar tanto su deficiente técnica de fabricación como que se trata de las emisiones más afectadas por la práctica de la perforación central. El estudio de estas emisiones, muy abundantes en depósitos monetarios ocultados en la costa argelina y tunecina, ha contribuido a concluir que se trata de producciones de necesidad, fabricadas en algún taller norteafricano efímero durante los últimos años del dominio vándalo en África (Lafaurie, 1959-1960, p. 126) y que se relacionan con un grave período de inflación (Morrisson, 1980, p. 243).

El aporte de numerario de origen vándalo, aunque su presencia es algo más reducida, se mantiene y finaliza con monedas a nombre de Hilderico (523-530).

El grupo monetario más reciente y también especialmente abundante en Benalúa está formado por pequeños *nummi* acuñados en *Carthago* por Justiniano I. Estas pequeñas monedas de bronce fueron emitidas durante los primeros años del dominio bizantino en África, aproximadamente entre los años 534-541. A pesar de que, hasta hace pocos años, la documentación de monedas bizantinas en el territorio peninsular era escasa, nuevos hallazgos arqueológicos demuestran la llegada nada despreciable de estas monedas, al menos en la zona del sudeste. Así, se han constatado *nummi* bizantinos en Alcalá del Río (Sevilla), Coria del Río (Sevilla), Salteras (Sevilla), Cartagena (Murcia), Alcúdia d'Elx (Alicante), Santa Pola (Alicante), Punta de l'Illa de Cullera (Valencia) y en la ciudad de Valencia, además de los abundantes testimonios localizados en las islas Baleares (Marot, 1997).⁸

A partir de la documentación de moneda bizantina en la Península Ibérica se aprecian dos peculiaridades: la superioridad numérica de los *nummi* respecto a los restantes nominales de más valor y el predominio casi absoluto de las emisiones realiza-

8. En la celebración de esta misma Reunión nos han informado del hallazgo de *nummi* bizantinos en las excavaciones realizadas en Málaga, Algeciras y Mértola.

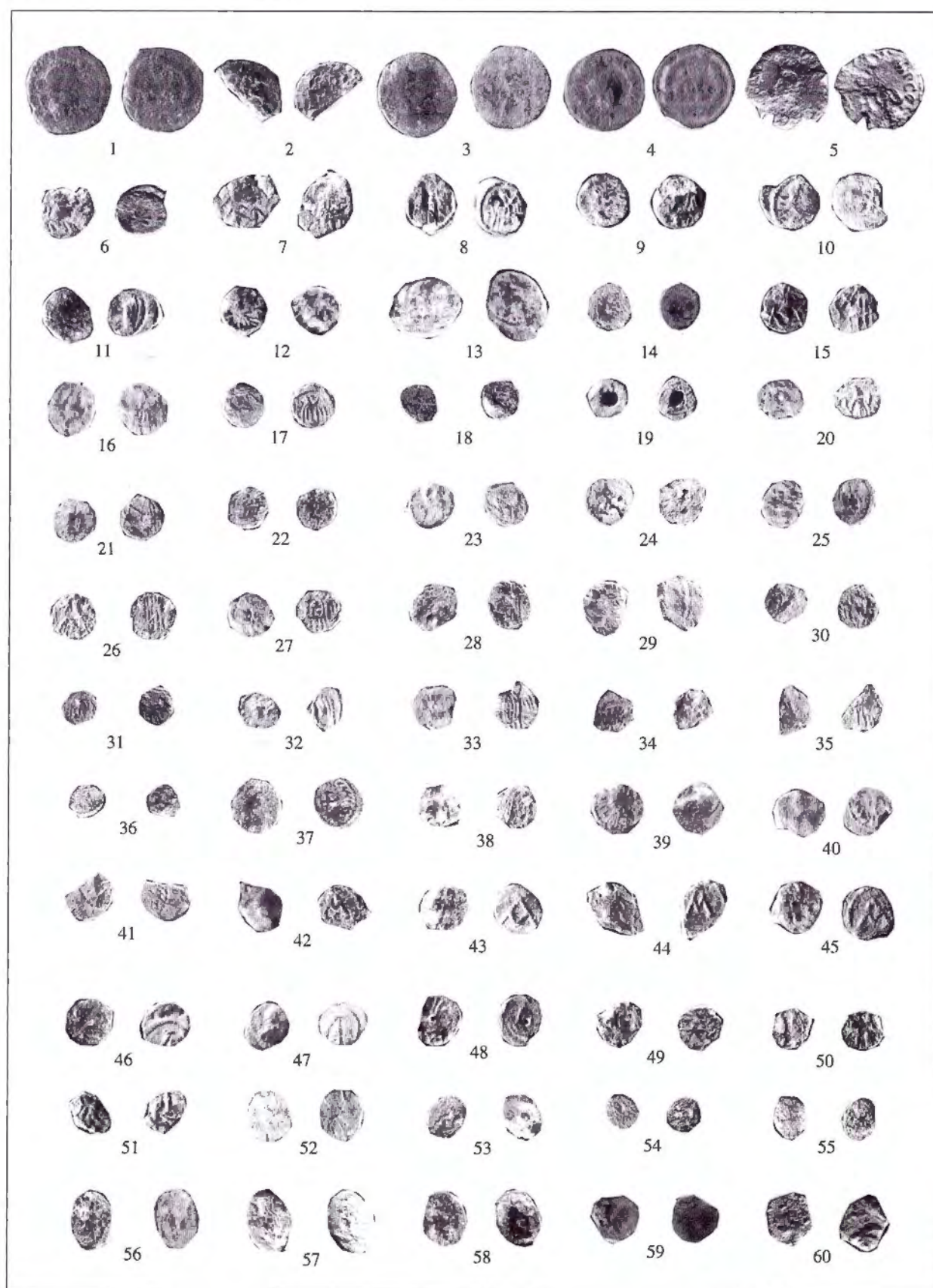


Lámina I. Monedas procedentes de las excavaciones de la calle Alona (n.º 1-60).

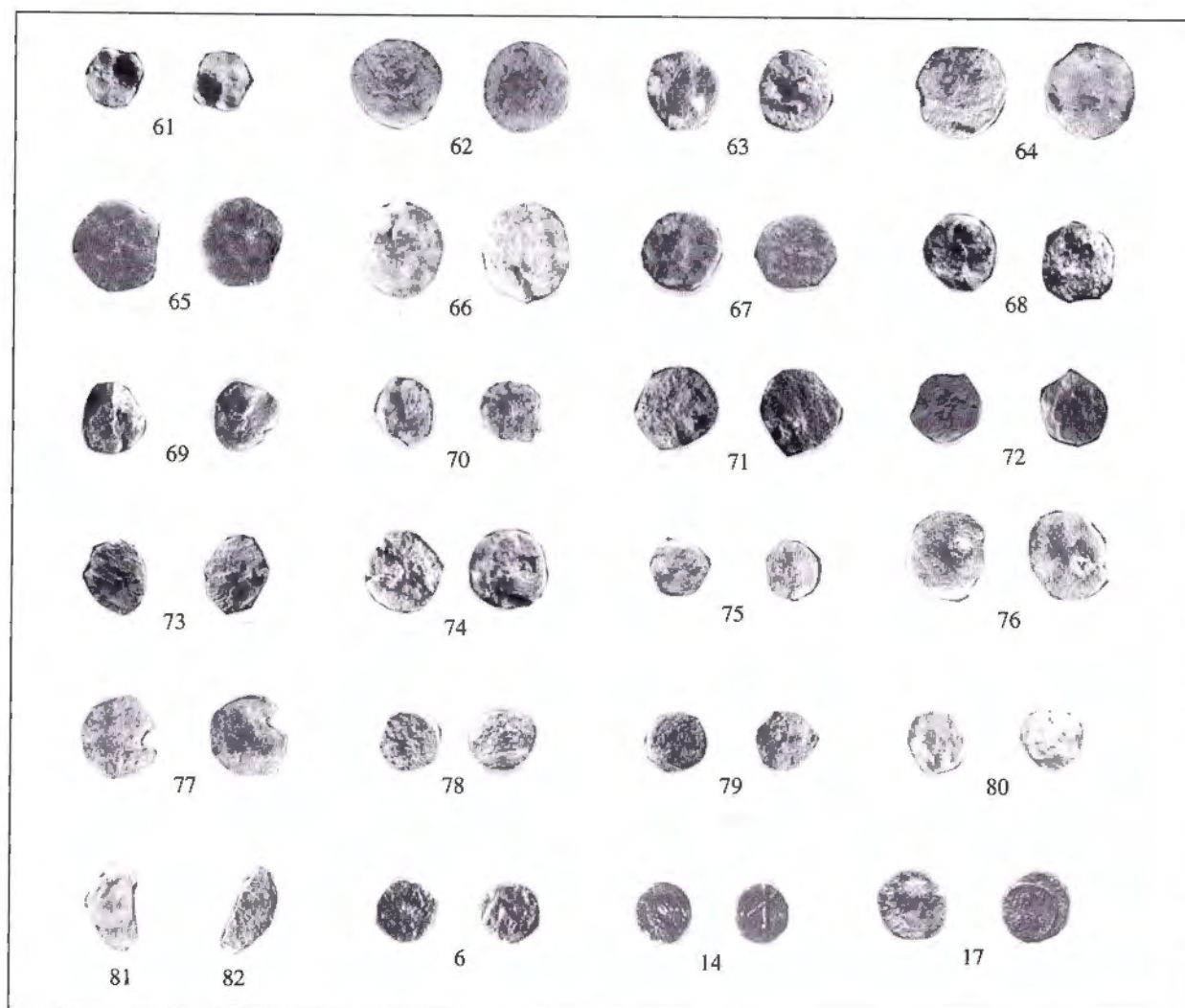


Lámina II. Monedas procedentes de las excavaciones de la calle Alona (n.ºs 61-82) y de la calle Pérez Medina (n.ºs 6, 14 y 17).

das por Justiniano I en *Carthago*. Ambas características se cumplen en el conjunto de Benalúa y permiten proponer una cronología *post quem* situada en el año 541, fecha de emisión de los últimos *nummi* acuñados por Justiniano I en *Carthago* (Morrisson, 1988).

ANÁLISIS DE LA COMPOSICIÓN MONETARIA DE BENALÚA

A pesar de que los límites cronológicos de los dos principales conjuntos procedentes de Benalúa —calle Pérez Medina y calle Alona— son los mismos y se establecen por las monedas acuñadas por Justiniano I en *Carthago*, la composición monetaria de cada uno de ellos difiere notablemente. Mientras que el conjunto procedente

de la calle Alona contiene un importante porcentaje de *nummi* de origen vándalo concentrado en emisiones realizadas con posterioridad al gobierno de Trasamundo (496-523), el de la calle Pérez Medina se compone básicamente de bronzes bizantinos fechados c. 534-541 dC. La anomalía más significativa reside en la particularidad del conjunto de la calle Alona, en el cual la concentración tan elevada de emisiones de época vándala no se había documentado hasta ahora en los hallazgos peninsulares, por lo que le confiere un carácter excepcional. Quizá debamos interpretar la diferenciación cualitativa entre los dos conjuntos sólo como una simple casualidad o relacionar dicha singularidad con las circunstancias de la deposición o de la pérdida del conjunto de la calle Alona. Tal vez, la presencia unitaria y numerosa de emisiones derivadas de Trasamundo

en este conjunto reside en la pérdida de un lote homogéneo recién llegado, hecho que no hubiera permitido su dispersión.

CONSIDERACIONES FINALES

El análisis de las monedas de Benalúa y su comparación con el resto de hallazgos peninsulares localizados y estudiados permite establecer una serie de consideraciones. Las monedas del período vándalo básicamente se concentran en las series acuñadas en el siglo VI, siendo las más abundantes las emitidas bajo el gobierno de Trasamundo y de Hilderico. Este fenómeno, junto a la evidencia de que, en la mayoría de los hallazgos, la presencia de emisiones vándalas se acompaña de monedas más tardías de época bizantina, sugiere que la mayor difusión de la moneda vándala, al menos en el sudeste peninsular, debió efectuarse no en un momento próximo a su emisión, sino más tarde. Parece pues, que en el sudeste de la Península Ibérica la incorporación de monedas vándalas y bizantinas, todas ellas de origen norteafricano, obedece a un mismo momento histórico, sin duda en estrecha relación con la expansión y el dominio bizantino en este territorio (Marot, 1997, p. 169).

Por otro lado, el conjunto monetario de Benalúa confirma que la distribución de los hallazgos monetarios de origen norteafricano presenta una mayor concentración en enclaves costeros, teniendo una importancia relevante en el litoral del cuadrante sudeste peninsular y en las islas Baleares. Su introducción interior o septentrional, al menos con los datos de que se disponen actualmente, se limita a una serie de hallazgos localizados alrededor del valle medio y bajo del Guadalquivir (Marot, 1997, p. 178).

En cualquier caso, las monedas procedentes de Benalúa, junto con otros testimonios arqueológicos documentados (Marot, 1997), demuestran la incorporación de numerario en la Península Ibérica durante el siglo VI, así como la existencia de ciertos hábitos monetarios también constatados en otros lugares del Mediterráneo. En este sentido, quizá se deba cuestionar la tradicional aceptación sobre el distanciamiento monetario que se creía que existía entre la Península Ibérica y el resto de los territorios mediterráneos. La disponibilidad en las áreas bajo control bizantino de un nuevo sistema monetario en bronce, creado por el emperador Anastasio I en el año 498 y en el cual se inició la acuñación de múltiplos del *nummus* con la intención de facilitar

los intercambios,⁹ aún parecía acrecentar más las desigualdades, llegando incluso a creer en el abandono de los hábitos monetarios en el territorio peninsular.

La evidencia arqueológica ha permitido cuestionar la efectividad de este nuevo sistema monetario tanto en Oriente como en el norte de África, al menos hasta mediados del siglo VI. Los contextos arqueológicos y los tesoros fechados durante la primera mitad del siglo VI en Oriente y en el territorio norteafricano demuestran la continuidad y casi exclusividad de los *nummi*. En ellos se evidencia la ausencia de las nuevas denominaciones monetarias, así como la persistencia e incluso el aumento de los recursos para solucionar la escasez de numerario y facilitar su uso (Marot, 1998). En este sentido, el gran interés de los conjuntos monetarios documentados en el sudeste peninsular, aun considerando su penuria económica, reside en la aportación de datos que permiten un conocimiento de la circulación de la moneda de bronce, así como el descubrimiento de importantes vínculos entre los usos y los hábitos monetarios del sudeste peninsular y del resto del Mediterráneo. Incluso es más interesante constatar que en ciudades como *Barcino* o *Tarraco*, aparentemente aisladas de la influencia bizantina y sin la constancia de la llegada de numerario del siglo VI, la composición del circulante perteneciente a contextos arqueológicos fechados en este siglo desprende grandes similitudes con los conjuntos aquí analizados.¹⁰

En conclusión, es sugerente constatar las grandes similitudes y relaciones que existen entre conjuntos monetarios tan alejados geográficamente. Aunque la composición del circulante sea muy distinta en Oriente, en el norte de África o en la Península Ibérica, parece que los recursos de adaptación a las necesidades monetarias son muy similares, así como las transacciones monetarias más cotidianas se rigen por unos hábitos generalizados, quizá difundidos y unidos por los contactos a través del Mediterráneo.

9. La reforma monetaria realizada por Anastasio I, con el fin de detener la progresiva devaluación y a la vez subsanar la incomodidad funcional de los pequeños *nummi*, consiste en la creación de una serie de múltiplos en bronce con su marca de valor inscrita (MORRISON, 1970; MAROT, 1998).

10. En el circulante procedente de contextos arqueológicos fechados en el siglo VI en *Barcino* y *Tarraco*, mayoritariamente formado por emisiones viejas o por monedas con un desgaste muy acusado, se constatan fenómenos de recorte, partición y perforación (MAROT, 1997).

CATÁLOGO

Referencias bibliográficas:

<i>Ain Kelba</i>	Morrisson (1980)
<i>Arslan</i>	Arslan (1978)
<i>BMCV</i>	Wroth (1911)
<i>BN</i>	Morrisson (1970)
<i>Cart 1975</i>	Buttrey (1975)
<i>DO</i>	Grierson y Bellinger (1966)
<i>LRBC</i>	Carson y Kent (1960)

Alteraciones físicas:

CR	Moneda con los cantos rotos
PA	Moneda partida
PE	Moneda perforada

CONJUNTO C/ CATEDRÁTICO SOLER

Imperio romano

Constancio II, AE3 de Roma (355-360).

1. 1,48 g; 15 mm; CR (*LRBC* n.º 684).

Tipo FEL TEMP REPARATIO, AE3 (355-361).

2. 1,43 g; 12 mm

AE4 ilegibles

3. 1,03 g; 12 mm; **4.** 0,39 g; 08 mm; CR.

AE ilegibles sin determinar

5. 0,23 g; 08 mm

CONJUNTO C/ ALONA

Imperio romano

Constancio II o Constante, *nummus* de Alejandría (341-346).

1. 1,59; 16 mm (*LRBC* n.º 1474-5).

Tipo VICTORIAE DD AVGG Q NN, *nummus* (341-348).

2. 0,66 g; 13 mm; PA.

Tipo GLORIA ROMANORUM, AE3 (364-375).

3. 1,43 g; 15 mm

Graciano, AE4 tipo *vota* (378-383).

4. 0,91 g; 15 mm

AE3 sin determinar (2ª 1/2 siglo IV).

5. 1,29 g; 16 mm; CR

Reino vándalo

Emisiones vándalas anónimas, *nummus* (*Cart 1975*, n.º 150).

6. 0,55 g; 10 mm

Trasamundo (496-523), *nummus* (*Ain Kelba*).

7. 0,61 g; 11-09 mm; CR / **8.** 0,50 g; 10 mm; PE / **9.** 0,57 g; 09 mm / **10.** 0,35 g; 11 mm / **11.** 0,51 g; 10 mm / **12.** 0,64 g; 08 mm / **13.** 0,78 g; 13 mm

Nummi anónimos derivados de los de Trasamundo (*Ain Kelba*)

Cospeles gruesos:

14. 0,66 g; 08 mm / **15.** 0,44 g; 08 mm / **16.** 0,46 g; 10 mm

Cospeles delgados:

17. 0,35 g; 08 mm / **18.** 0,35 g; 07 mm / **19.** 0,30 g; 07 mm; PE / **20.** 0,19 g; 08 mm / **21.** 0,29 g; 08 mm / **22.** 0,29 g; 08 mm / **23.** 0,31 g; 08 mm / **24.** 0,24 g; 09 mm / **25.** 0,30 g; 08 mm / **26.** 0,25 g; 09 mm / **27.** 0,34 g; 08 mm / **28.** 0,30 g; 09 mm / **29.** 0,30 g; 09 mm; CR / **30.** 0,16 g; 08 mm / **31.** 0,17 g; 07 mm / **32.** 0,21 g; 07 mm / **33.** 0,17 g; 08 mm; CR / **34.** 0,14 g; 08 mm; CR / **35.** 0,12 g; 09 mm; CR / **36.** 0,14 g; 06 mm

Hilderico (523-530), *nummus* (*Arslan* n.º 25-28).

37. 0,47 g; 09 mm / **38.** 0,25 g; 08 mm; CR. / **39.** 0,61 g; 09 mm / **40.** 0,58 g; 08 mm / **41.** 0,32 g; 09 mm; CR

Imperio bizantino

Justiniano I (527-565), *nummus* de Carthago.

(c. 534-537) (*DO* n.º 308)

42. 0,49 g; 09 mm

(c. 534-537) (*DO* n.º 309)

43. 0,80 g; 09 mm / **44.** 0,49 g; 12-08 mm / **45.** 0,45 g; 10 mm / **46.** 0,45 g; 09 mm / **47.** 0,39 g; 09 mm PE / **48.** 0,29 g; 09 mm

(c. 534-537) (*DO* n.º 311).

49. 0,46 g; 08 mm / **50.** 0,32 g; 07 mm

Nummus bizantino sin determinar:

51. 0,26 g; 08 mm; FR / **52.** 0,49 g; 09 mm

Probables cospeles sin acuñar

53. 0,31 g; 08 mm / **54.** 0,19 g; 06 mm / **55.** 0,16 g; 07 mm

Probables cospeles sin acuñar de forma elíptica

56. 0,66 g; 10-07 mm / **57.** 0,60 g; 12-08 mm / **58.** 0,33 g; 10-08 mm

Fragmentos de metal cizallado

59. 0,55 g; 09 mm / **60.** 0,38 g; 09 mm / **61.** 0,32 g; 08 mm

AE ilegibles sin determinar

62. 0,93 g; 12 mm / 63. 1,19 g; 11 mm / 64. 1,02 g; 13 mm / 65. 1,38 g; 13 mm / 66. 1,28 g; 14 mm / 67. 1,23 g; 11 mm / 68. 0,71 g; 11 mm / 69. 0,79 g; 10 mm / 70. 0,26 g; 09 mm CR / 71. 0,69 g; 11 mm / 72. 0,24 g; 10 mm / 73. 0,36 g; 11 mm / 74. 1,03 g; 11 mm; 75. 0,48 g; 08 mm / 76. 0,99 g; 12 mm / 77. 0,69 g; 12 mm / 78. 1,05 g; 09 mm / 79. 0,67 g; 09 mm / 80. 0,47 g; 09 mm / 81. 0,54 g; 12 mm; PA / 82. 0,45 g; 12 mm; PA / 83. 0,57 g; 09 mm; CR / 84. 0,45 g; 10 mm; 85. 0,32 g; 09 mm / 86. 0,91 g; 10 mm / 87. 0,29 g; 10 mm / 88. 0,61 g; 08 mm

CONJUNTO C/ PÉREZ MEDINA**Imperio romano**

León I (557-474), AE4.

1. 0,93 g; 06 mm

Reino vándalo

Emisión vándala anónima (tipo cruz/corona), nummus.

2. 0,50 g; 08 mm

Trasamundo (496-523), nummus (Ain Kelba).

3. 0,29 g; 07 mm

Hilderico (523-530), nummus (Arslan n.º 25-28).

4. 0,64 g; 09 mm

Imperio bizantino

Justiniano I (527-565), nummus de Carthago.
(c. 534-537) (DO n.º 309).

4. 0,45 g; 08 mm / 5. 0,33 g; 08 mm / 6. 0,51 g; 08 mm

(c. 534-537) (DO n.º 311).

7. 0,32 g; 08 mm / 8. 0,31 g; 06 mm / 9. 0,47 g; 07 mm / 10. 0,26 g; 09 mm / 11. 0,33 g; 09 mm / 12. 0,41 g; 07 mm / 13. 0,27 g; 07 mm / 14. 0,34 g; 08 mm / 16. 0,38 g; 08 mm

(539-540) (BN n.º 65).

17. 0,67 g; 07 mm / 18. 0,77 g; 09 mm

(540-541) (BN n.º 67).

19. 0,65 g; 08 mm / 20. 0,78 g; 08 mm

AE ilegibles sin determinar

21. 0,60 g; 09 mm; PE / 22. 0,42 g; 10 mm; CR / 23. 0,79 g; 11 mm; CR / 24. 0,30 g; 09 mm; CR / 25. 0,19 g; 09 mm; CR / 26. 1,11 g; 13 mm / 27. 0,90 g / 28. 0,78 g / 29. 0,61 g / 30. 1,15 g / 31. 0,45 g / 32. 0,24 g; 07 mm / 33. 0,98 g; 11 mm / 34. 0,30 g; 07

mm / 35. 0,23 g; 07 mm / 36. 0,44 g; 08 mm / 37. 0,23 g / 38. 0,23 g / 39. 0,48 g; 08 mm / 40. 0,30 g; CR / 41. 0,21 g; CR / 42. 0,16 g; CR / 43. 0,36 g; CR / 44. 0,95 g; 08 mm / 45. 0,37 g; 07 mm / 46. 0,58 g; 06 mm / 47. 0,63 g; 06 mm / 48. 0,66 g; 08 mm / 49. 0,65 g; 06 mm / 50. 0,91 g; 11 mm / 51. 1,32 g; 11 mm / 52. 0,45 g; 06 mm / 53. 0,49 g; 06 mm

BIBLIOGRAFÍA

- ARSLAN, E.A., 1978: *Le monete di ostrogoti, longobardi e vandali*, Milán.
- BELLINGER, A. R., 1966: *Catalogue of the Byzantine Coins in the Collections Dumbarton Oaks Collection and in the Whittemore Collection*, vol. I, Washington.
- BUTTREY, T.V., 1975: *The Coins, Excavations at Carthage conducted by the University of Michigan*, p. 157-197, Túnez.
- BUTTREY, T. V.; JOHNSTON, A.; MAC KENZIE, K. Y.; BATES M. L., 1981: *Greek, Roman and Islamic Coins from Sardis, Archaeological Exploration of Sardis*, Cambridge (Massachusetts), Londres.
- CALLU, J. P., 1979: *Monnaies antiques (1966-1971)*, 2. Les monnaies romaines, *Fouilles d'Apamée de Syrie*, VIII, 1, Bruselas.
- CARSON, R. A. G.; KENT, J. P. C., 1960: *Late Roman Bronze Coinage. A.D. 324-498*, Londres.
- DEPEYROT, G., 1987: *Le Bas-Empire romain. Économie et numismatique*, París.
- DELOUM, S., 1989: *Notes sur le trésor monétaire de M'Sila (fin du V^e siècle début du VI^e siècle, après J.C.)*, *Actes du 10^{ème} Congrès International de Numismatique (Londres 1986)*, p. 305-313, Londres.
- ERCOLANI COCCHI, E., 1988: *Il circolante divisionale a Ravenna a la fine del V e gli inizi del VI sec. dC*, *Studia Numismatica Labacensia*, p. 285-294, Ljubljana.
- GRIERSON, P., 1986: *Circulazione monetaria e tesaurizzazione: interpretation de quelques fouilles archéologiques*, *La cultura bizantina ogetti e messaggio. Moneta e Economia*, p. 45-65, Roma.
- GURT, J. M.; MAROT, T., 1994: *Estudi dels models de circulació monetària a les Balears: Pollentia (Alcúdia, Mallorca)*, *III Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica (Maó 1988)*, p. 223-233, Barcelona.
- LAFaurie, J., 1959-1960: *Trésor de monnaies de cuivre trouvé a Sidi Aïch*, *Revue Numismatique*, Sèrie 2, II, p. 114-130.
- LADICH, M., 1990: *La moneta romana di bronzo tardoantica (379-498)*, Roma.
- LECHUGA, M.; MÉNDEZ, R., 1986: *Numismática Bizantina en Cartagena*, *Historia de Cartagena*, V, p. 71-78, Murcia.
- LECHUGA, M., en este volumen: *Una aproximación a la circulación monetaria de época tardía (ss. IV-VII dC) en Cartagena: los hallazgos del teatro romano*, *V Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica (Cartagena 1998)*.
- MAROT, T., 1997: *Aproximación a la circulación monetaria en la península Ibérica y las islas baleares durante los siglos V y VI: la incidencia de las emisiones vándalas y bizantinas*, *Revue Numismatique*, 152, p. 157-190.
- MAROT, T., 1998: *Las monedas del Macellum de Gerasa (Yaras, Jordania). Aproximación a la circulación monetaria en la provincia de Arabia*, Madrid.
- MAROT, T.; LLORENS, M. M., 1996: *La circulación monetaria en el siglo VI dC en la costa mediterránea: la Punta de l' Illa de Cullera (Valencia)*, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, p. 151-180.

- MORRISON, C., 1970: *Catalogue des monnaies byzantines de la Bibliothèque Nationale*, vol. I, París.
- MORRISON, C., 1980: La trouvaille d'Aïn Kelba et la circulation des «minimi» en Afrique au début du VI^e siècle, *Mélanges de Numismatique, d'Archeologie et d'Histoire offerts à Jean Lafaurie*, p. 239-248, París.
- MORRISON, C., 1988: Coin Finds in Vandal and Byzantine Carthage: A Provisional Assesment, *The Circus and Byzantine Cemetery at Carthage*, vol. I, p. 423-432, Ann Arbor.
- PICARD, O., 1984: Trésors et circulation monétaire à Thasos du IV^e au VII^e siècle après J.C., *Bulletin de Correspondance Hellénica*, 5, p. 411-454.
- POTTIER, H., 1983: *Analyse d'un trésor de monnaies en bronze enfoui au VI^e siècle en Syrie*, Bruselas.
- REYNOLDS, P., 1987: *El yacimiento tardorromano de Lucentum (Benalúa-Alicante): las cerámicas finas*, Catálogo de fondos del Museo Arqueológico Provincial, II, Alicante.
- REYNOLDS, P., 1995: *Trade in the Western Mediterranean, AD 400-700: The ceramic evidence*, BAR International Series, 604, Oxford.
- RICO, M., 1984: *Memoria Relativa a la antigua Lucentum*, Excma. Diputación Provincial de Alicante, ed. facsímil, 1892, Alicante.
- RONDA, A.; SALA, F. (en prensa): El asentamiento romano del barrio de Benalúa: las actuaciones arqueológicas de 1989.
- ROSSER, P., 1990: Nuevos descubrimientos arqueológicos en el término municipal de Alicante, *Historia de la ciudad de Alicante*, vol. I, Alicante.
- TURCAN, R., 1969: Trésors monétaires trouvés à Tipasa: la circulation du bronze en Africa romaine et vandale aux V^e et VI^e siècles ap. J.C., *Lybica*, 9, p. 201-257.
- WROTH, W., 1911: *Catalogue of the Coins of the Vandals, Ostrogoths and Lombards and of the Empires of Thessalonica, Nicaea and Trebizond in the British Museum*, Chicago.

MESAS POLILOBULADAS DE TRADICIÓN ORIENTAL EN LA PENÍNSULA IBÉRICA: ENTRE LA RELIGIÓN Y EL COMERCIO

Juan Carlos Márquez Villora
Universidad de Alicante

Esta comunicación pretende dar a conocer la caracterización tipológica de una pequeña serie de fragmentos marmóreos pertenecientes a mesas paleocristianas polilobuladas halladas en la Península Ibérica, concretamente en el ámbito de los valles del Guadalquivir (Sevilla) y del Vinalopó (Alicante).¹

MESA DE *ILICI* (LA ALCUDIA DE ELCHE, ALICANTE) (Fig. 1)

Museo Monográfico de La Alcudia

Se trata de un único fragmento de mármol blanco, bien conservado, que presenta 21,0 cm de longitud y anchura máxima, con un grosor total de 5,9 cm. El lado que presenta una tendencia curvilínea aparece claramente conservado en su forma original, lo que hace pensar que se trata de una porción del borde exterior de la pieza, mientras que la parte interior aparece fracturada. La superficie anterior de la pieza, finamente trabajada, muestra

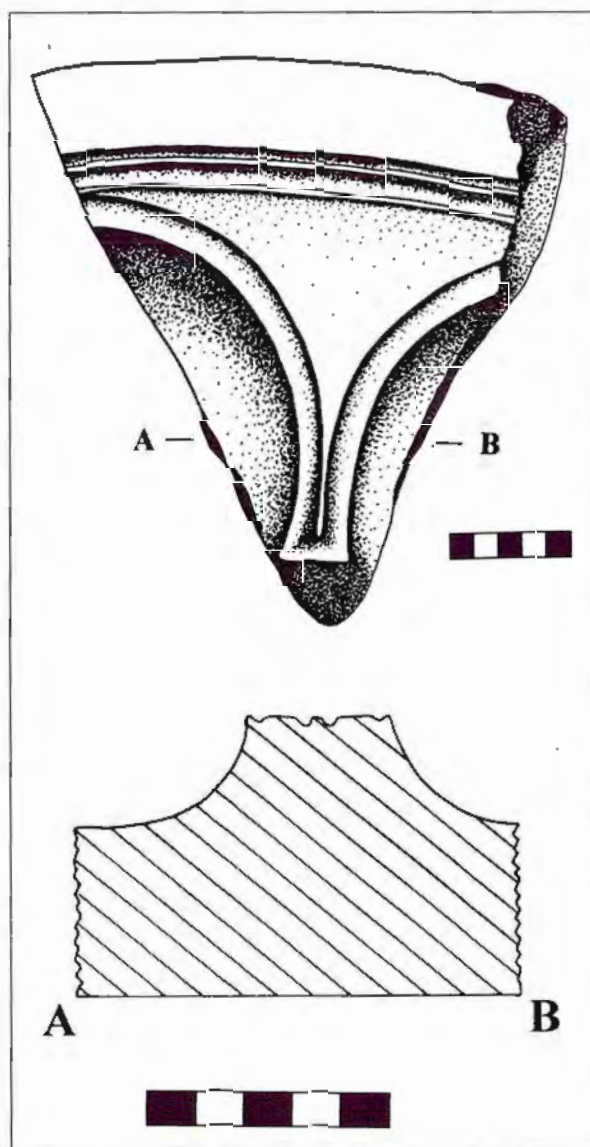


Figura 1.

1. Expresamos nuestro agradecimiento a Rafael Ramos Fernández, Director del Museo Monográfico de la Alcudia (Elche), por las facilidades que nos han hecho posible estudiar adecuadamente el fragmento de mesa de *Illici*, y a Antonio M. Poveda Navarro, Director del Museo Arqueológico Municipal de Elda, por sus consejos y puntualizaciones sobre estas piezas y, en particular, acerca del ejemplar de Elda. Asimismo, agradecemos vivamente a Fernando Fernández Gómez, Director del Museo Arqueológico de Sevilla, y de manera especial a Carmen Martín Gómez, personal de la misma entidad, su desinteresada colaboración e información documental y gráfica en la presentación de las dos piezas allí depositadas, así como a Palmira Falcó Hernández su valiosa colaboración en la presentación gráfica de los materiales estudiados.

parcialmente la presencia de dos lóbulos, abiertos en dirección al centro de la mesa, separados por un pedúnculo común y delimitados por una suave moldura cóncavo-convexa en forma de gola, como se aprecia en sección. Ambos lóbulos, que medirían originalmente en torno a 20,0 cm de diámetro, aparecen circundados en su parte externa por una doble orla en la que se suceden dos molduras cóncavas y dos convexas. Por otra parte, la forma ligeramente abierta del pedúnculo de separación entre los alveolos hace que su tendencia sea ultrasemircircular, con un perfil semejante al de una herradura. En sección se observa cómo el borde externo se inclina paulatinamente en un plano hacia la parte posterior del fragmento, que aparece simplemente desbastado.

Es difícil, por el tamaño de esta pieza, plantear una hipótesis de sus medidas originales. No obstante, por la dimensión de su lado curvo, hay que suponer que sobrepasaría el metro de diámetro. Por sus características, hasta el momento no podemos indicar si su forma original fue circular o en herradura.

Este fragmento de *mensa* se localizó en La Alcudía, y tradicionalmente se ha supuesto que el hallazgo se produjo en el área de la basílica.² La pieza fue identificada y ha sido habitualmente mencionada por Llobregat,³ fechándola inicialmente en el s. v dC, aunque amplió esta cronología indicando que este tipo de mesas podría tener una datación posterior.

MESA DE ELO (EL MONASTIL, ELDA, ALICANTE) (Figs. 2-4)

Museo arqueológico municipal

Los cuatro fragmentos de mármol blanco hallados en el yacimiento de El Monastil formaron parte de una misma mesa polilobulada, como hemos mencionado en otro trabajo (Márquez Villora, 1994-1995, p. 110-128). El primero de estos fragmentos, que muestra parcialmente dos lóbulos cercanos a su borde y parte del pedúnculo central, posee 20,0 cm de longitud máxima, 12,0 cm de anchura máxima y un grosor de 4,2 cm. A diferencia de la pieza ilici-

tana, no tiene la serie de molduras que circundan externamente los lóbulos, pero en sección sí se aprecian claramente las características comunes del tipo, como la forma ataludada del borde. El característico perfil en forma de herradura se deduce de la decoración presente en el segundo y tercer fragmentos, con 20,0 cm de longitud máxima, 8,5 cm de anchura máxima y 4,0 cm de grosor, con un pedúnculo que separa uno de los alveolos y un lado recto. En una de las secciones, apreciamos el carácter ligeramente realzado de la mesa conforme nos aproximamos a su borde, característica que se aprecia en algunos de los ejemplares mejor conocidos de este tipo. El cuarto fragmento fue, como el primero, una porción de la parte externa de la mesa y uno de sus lóbulos, presentando una longitud máxima de 9,8 cm, una anchura máxima de 5,1 cm y un grosor máximo de 4,2 cm. El diámetro estimado de sus lóbulos ronda los 20,0 cm, mientras que su diámetro total fue, probablemente, algo superior al metro. En todos los casos se observa un desbastado análogo en su lado posterior que, lógicamente, no sería visible al observador primitivo.

Los mármoles fueron localizados en una serie de ambientes de función indeterminada situados alrededor de un arrasado edificio de pequeñas dimensiones, en la zona más elevada del yacimiento, e interpretado como un espacio dedicado al culto cristiano (Poveda Navarro, 1988, p. 131 y 136; 1991, p. 611-626). Llobregat (1985, p. 389-390) ya indicó, por sus semejanzas con la pieza de La Alcudía, una datación del s. v dC para los fragmentos de esta mesa, mientras que Poveda (1991, sp. 613) señaló que, contextualmente, por los datos extraídos en el entorno de su hallazgo, podría proponerse una cronología situada entre los siglos VI y VII dC.

MESA DE ITALICA (SEVILLA) (Fig. 5)

Museo Arqueológico de Sevilla

Se trata de un fragmento de mármol blanco que presenta parte de dos lóbulos enlazados en el arranque de un pedúnculo, dispuestos en forma de orla rodeando el borde la pieza. Posee 28,7 cm de longitud máxima, 14,2 cm de anchura máxima y un grosor máximo de 4,2 cm. El diámetro total original de la mesa fue de aproximadamente 125 cm, y en sus lóbulos de 20 cm. Dada su forma, no podemos determinar si su perfil original fue circular o en herradura. No obstante, muestra unas características formales análogas a la primera de las piezas de El Monastil. El fragmento (n.º R.E.P. p. 323-345) ingresó en el Museo Arqueológico de Sevilla

2. Así lo ha indicado recientemente REYNOLDS, P. (1993, p. 65), citando como referencias una serie de obras en las que no hemos observado detalles concretos de esta circunstancia.

3. LLOBREGAT, 1977a, p. 29; 1978, p. 25-28; 1985, p. 389-390; 1990, p. 322; 1991, p. 173, con fotografías. Además, ha sido recogida por HAUSCHILD y SCHLUNK (1978, p. 28), que presentaron un dibujo de la misma, y citada por CHALKIA (1991, p. 174).

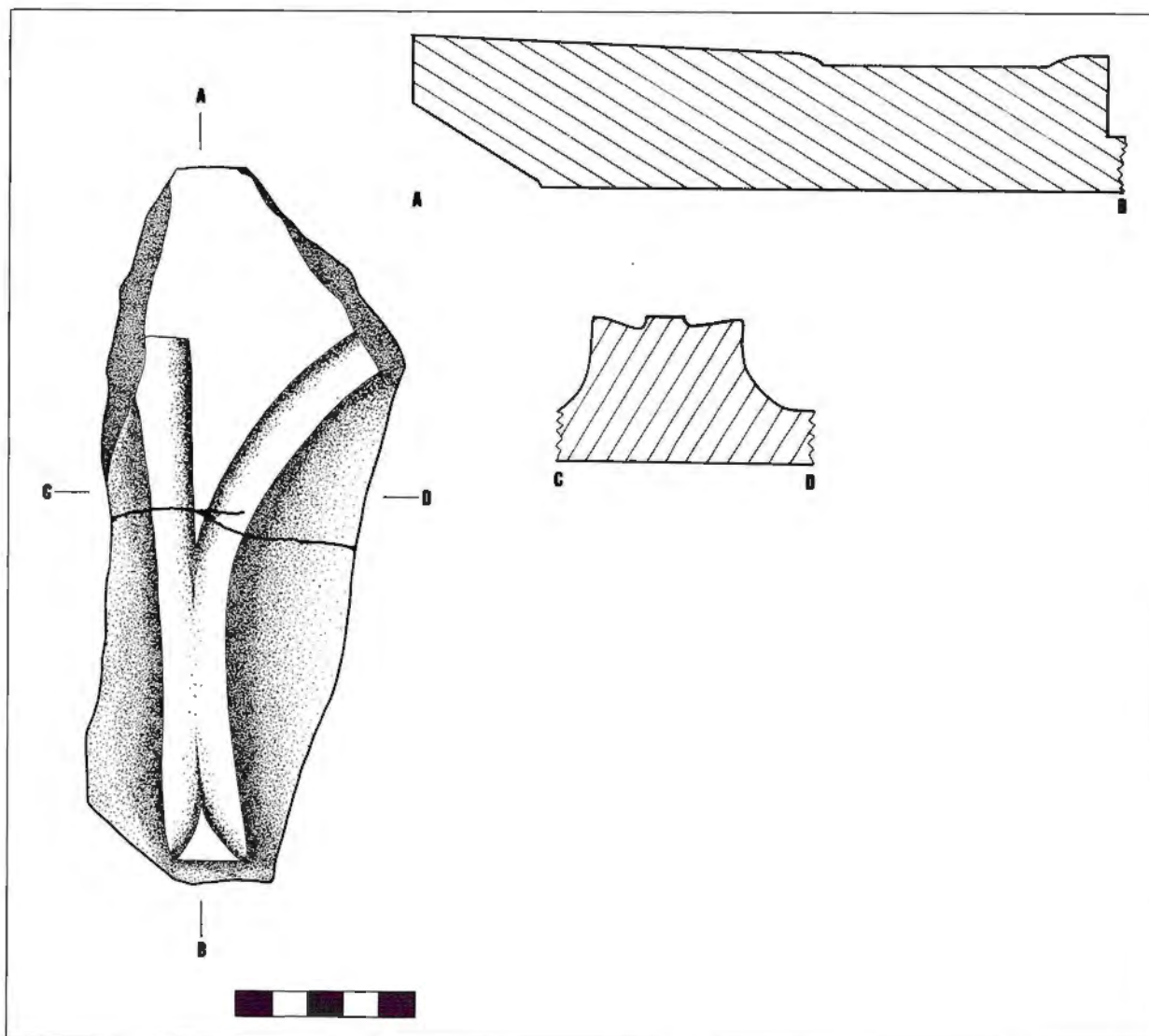


Figura 2.

en 1880. Hauschild y Schlunk (1978, p. 28, fig. 14) publicaron un dibujo de este fragmento, citado por Chalkia (1991, p. 174), que posiblemente procedió de un edificio religioso conocido de antiguo y excavado en 1903 (Martín Gómez, 1984, p. 134-135, con fotografía).

Según esta última autora, es plausible que el lugar de hallazgo de esta pieza fuese una estructura rectangular asociada al culto cristiano localizada en *Italica*, aunque se muestra escéptica respecto a ese carácter religioso. Partiendo de la información de su excavador (Fernández López, 1904), las medidas del edificio eran $14,5 \times 5,5$ m, y fue interpretado como una basílica de tres naves, mientras que García y Bellido (1960) indicó que pudo ser un *martyrium*. Por otra parte, Martín Gómez saca a

colación algunas noticias procedentes de un conocido texto de la *Vida de San Fructuoso* en la que se hace referencia a una basílica denominada de San Geroncio, probablemente ubicada en la citada ciudad romana, de manera que parece viable proponer la hipótesis de su hallazgo en un contexto cristiano.

MESA DE PROCEDENCIA INDETERMINADA

Museo arqueológico de Sevilla

Se trata de un fragmento de mesa de la que únicamente conocemos una fotografía y una breve referencia relativa a su posible hallazgo en una localidad de la provincia de Sevilla (Martín Gómez,

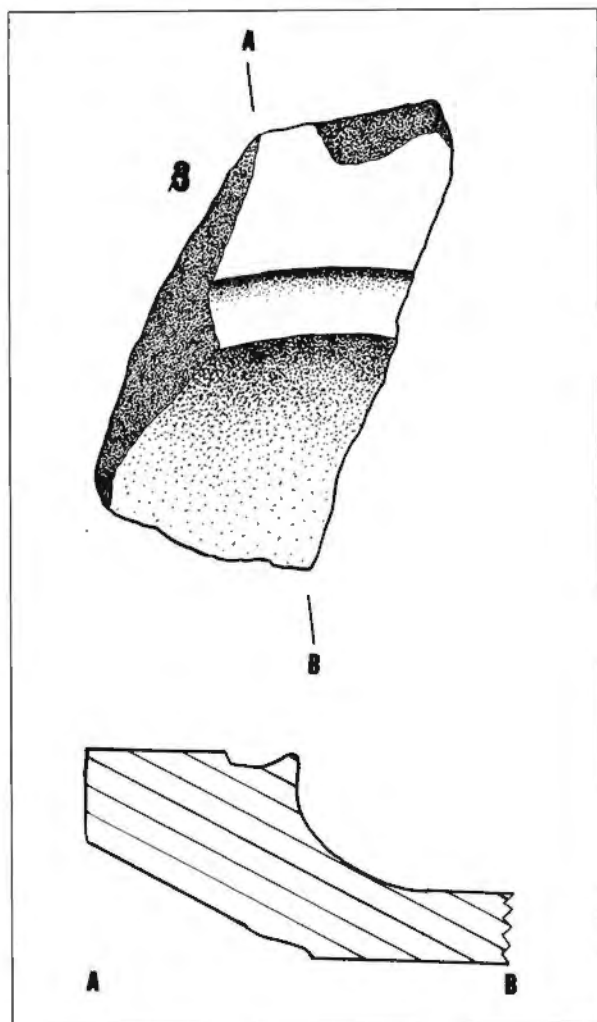


Figura 3.

1984, p. 134-135). Trabajada en mármol blanco, la parte conservada muestra unas características similares a la pieza anterior y a la hallada en El Monastil, con dos lóbulos cercanos al borde enlazados en un pedúnculo central que los une. Como en el caso citado previamente, su forma primitiva, circular o en herradura, es una incógnita.

Las características de estas piezas las hacen formar parte de la amplia tipología de mesas polilobuladas paleocristianas de tradición mediterránea, que han sido incluidas dentro del tipo B en la reciente síntesis de E. Chalkia (1991).⁴ Se trata de un

4. Esta última autora ha sintetizado recientemente la tradición investigadora acerca de estas piezas y seleccionado, entre otras, la investigación publicada en griego a la que no hemos podido acceder, básicamente las obras de G. A. Sotiriou, I. Barnea y A. K. Orlandos; estos dos últimos autores siguie-

grupo cada vez mejor conocido y ampliamente representado en diferentes ámbitos geográficos, especialmente en el Mediterráneo oriental. De las 92 piezas catalogadas en el grupo B por Chalkia (1991, p. 129-131), más de dos tercios proceden de esta área geográfica.

Aunque las referencias cuantitativas no siempre son válidas para determinar una clara procedencia, parece evidente que el origen de estas mesas hay que buscarlo en tierras egeas, o al menos su producción más estandarizada y su generalización. Los hallazgos en Grecia son claramente los más numerosos, documentándose la presencia de algunos talleres identificados y algunas probables áreas de producción. De hecho, buen número de mesas con esta tipología presentan mármoles de canteras egeas.⁵

Los ejemplos más representativos de estas mesas se encuentran, pues, en su mayoría en el Mediterráneo oriental. Destaca, como paralelo formal más cercano al ejemplar de El Monastil, la mesa hallada cerca de una basílica en Cranion (Grecia) y conservada en el Museo de Corinto⁶ (fig. 6). Está considerada el paradigma clásico de este grupo B y se ha datado a fines del s. VI dC. En el mismo museo aparece otro ejemplar igualmente significativo,⁷ así como, en

ron las opiniones de Sotiriou respecto al carácter de estas mesas. En el caso de la Península Ibérica, los trabajos de síntesis más significativos sobre las mesas paleocristianas, que han venido de la mano de P. de PALOL (1955-1956, p. 282-286; 1957-1958, p. 81-93; 1967, p. 183-196, con bibliografía) y en cierta medida, de X. BARRAL (1978, p. 49-69), han distinguido y sistematizado las mesas paleocristianas halladas en territorio hispano, aunque en sus obras no aparecen citadas estas piezas lobuladas, dado que su presencia y clasificación eran desconocidas en su momento para la arqueología cristiana española.

5. Sobre el comercio del mármol en el Mediterráneo tardantiguo resulta interesante la ponencia de J. P. Sodini en este mismo Congreso. Respecto a los aspectos geoquímicos, tecnológicos y comerciales de los mármoles clásicos más importantes, es imprescindible la obra editada por N. WERZ y M. WAELKENS (1988), especialmente, para el caso de los mármoles egeos, los capítulos 2 y 26-30. Las mesas de *Ilici* y *Elo* están trabajadas en una variedad del conocido mármol blanco de Paros. Debemos esta identificación al profesor M. Mayer, al que agradecemos su desinteresada colaboración, a través del Museo Arqueológico Municipal de Elda. En el caso de las dos piezas localizadas en Sevilla, no hemos tenido la oportunidad de observar las características del mármol, pero las grandes afinidades tipológicas y metrológicas constatadas sobre todo en relación a la pieza de El Monastil pueden hacer pensar en una análoga procedencia.

6. CHALKIA, 1991, p. 38, p. 160-161, con la bibliografía precedente, fig. 10 (Gr. 2, n.º 1380 del Museo de Corinto. La fotografía reproducida pertenece a la fototeca de la Escuela Arqueológica Americana de Atenas).

7. CHALKIA, 1991, p. 161, con la bibliografía precedente, fig. 14 (Gr. 3, n.º 1379 del Museo de Corinto): s. VI dC.

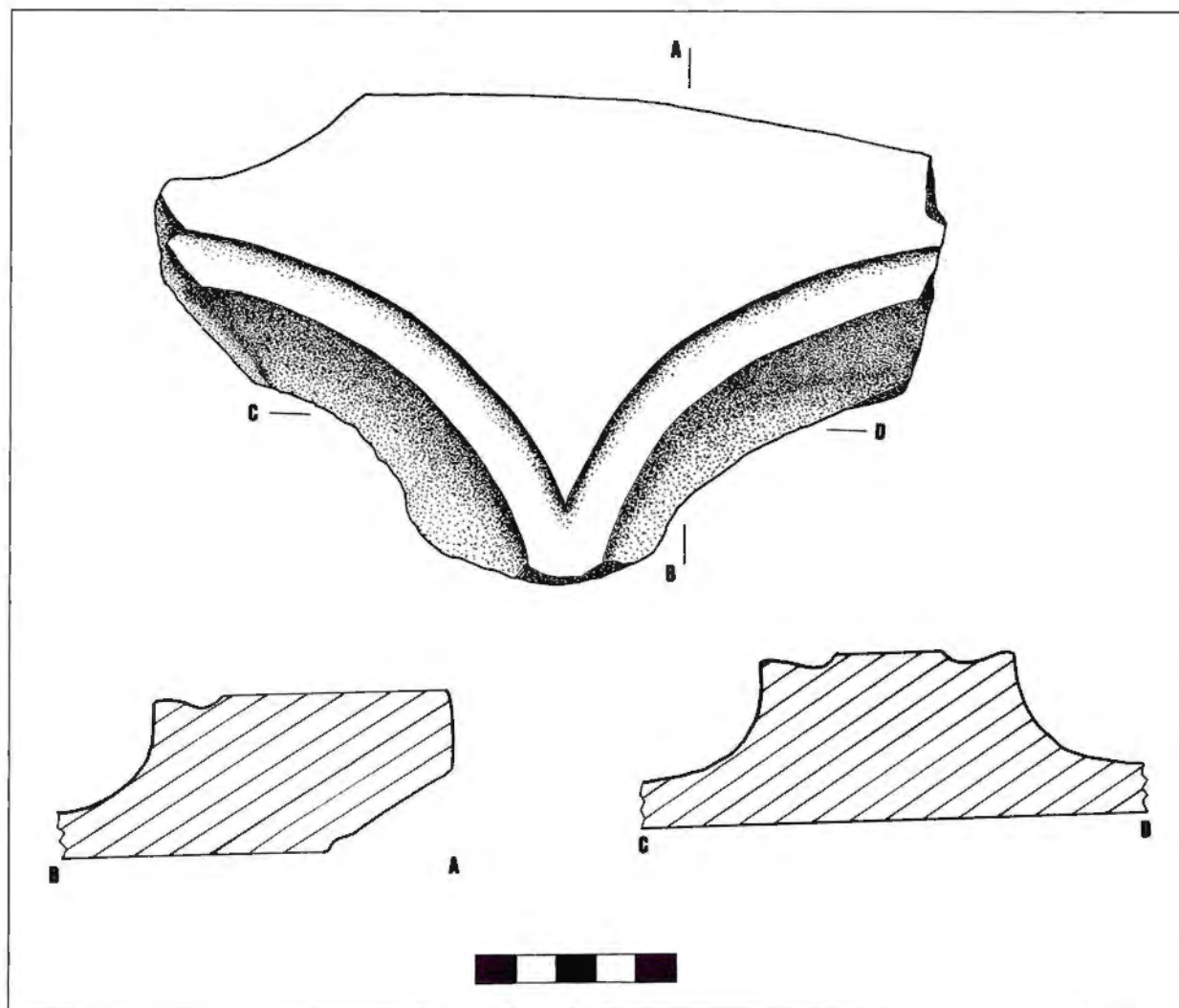


Figura 4.

otros contextos, la mesa de Éfeso,⁸ la conservada en el Metropolitan Museum de Nueva York,⁹ procedente de Roma, y la *mensa* de Resafa (Siria),¹⁰ todas ellas con uno de sus lados rectos. De los ejemplos circulares destacan las piezas localizadas en Delos¹¹ y especialmente, por la proximidad geográfica a los fragmentos que comentamos, en Tebessa (Argelia)¹² (fig.

7). Aunque la cronología de las mesas paleocristianas en general es bastante amplia, observamos cómo los referentes formales más cercanos a los ejemplares hispanos se concentran, cuando existe una datación más o menos precisa, entre los siglos VI y VII dC, preferentemente en la primera de estas centurias.

El carácter cristiano o pagano de estas mesas es todavía hoy objeto de debate tanto en trabajos específicos al respecto como en referencias puntuales, dado que se han localizado mesas polilobuladas en espacios dedicados al culto cristiano así como en ambientes que no presentaban claras evidencias de

8. CHALKIA, 1991, p. 176, con la bibliografía precedente, fig. 13 (Tur. 1).

9. CHALKIA, 1991, p. 169, con la bibliografía precedente, fig. 15 (It. 1): ss. v-vi dC.

10. CHALKIA, 1991, p. 174, con la bibliografía precedente, fig. 16 (Sir. 1): s. vi dC.

11. CHALKIA, 1991, p. 164, con la bibliografía precedente, fig. 18 (Gr. 20, Museo de Delos): con ciertas dudas, s. vii dC.

12. CHALKIA, 1991, p. 156, con la bibliografía precedente, fig. 11 (Al. 2): ss. v-vii dC. Esta mesa fue hallada *in situ* en el fondo de una piscina bautismal asociada a una basílica (fotografía de Serée de Roch, 1953, p. 288-290).

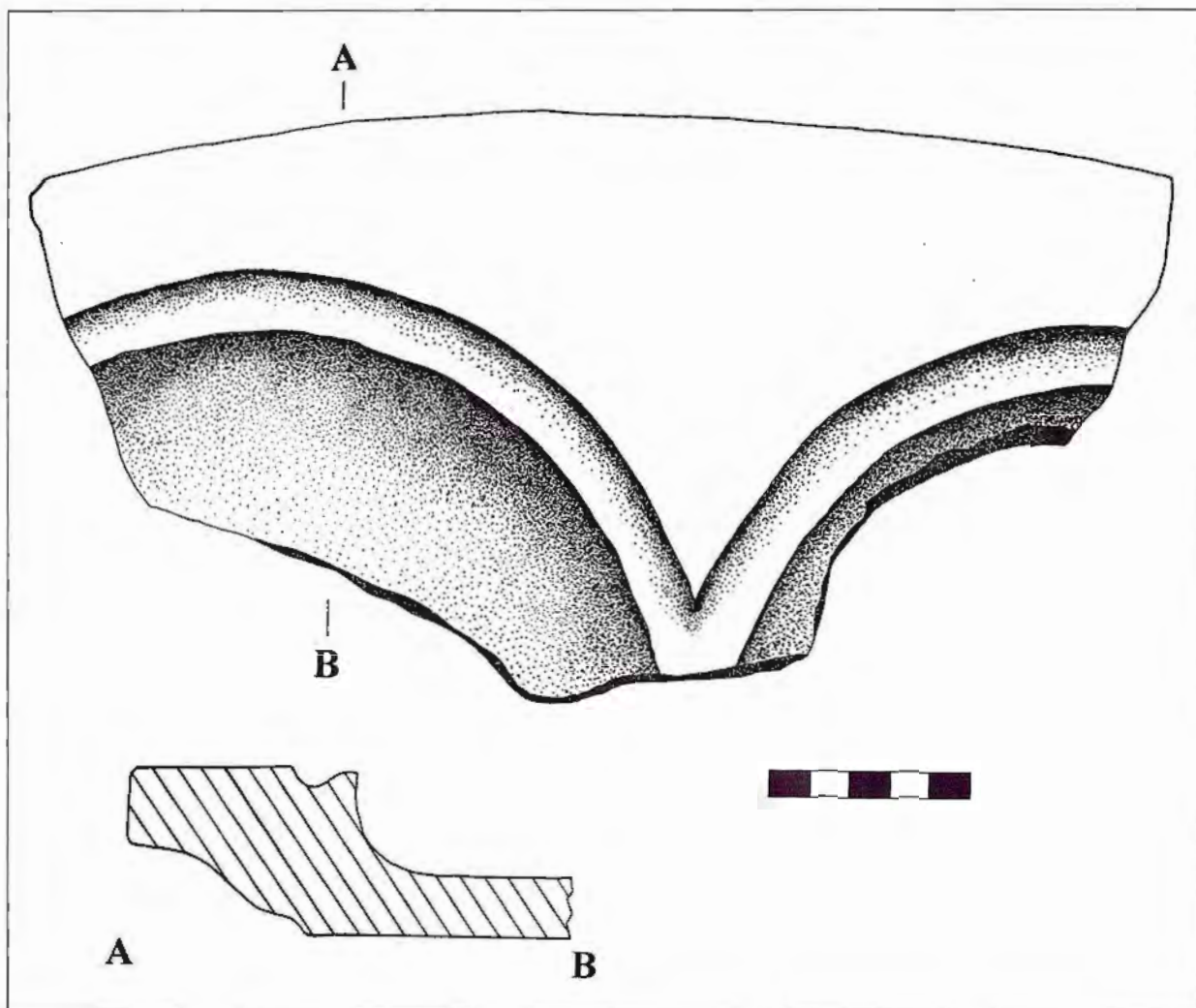


Figura 5.

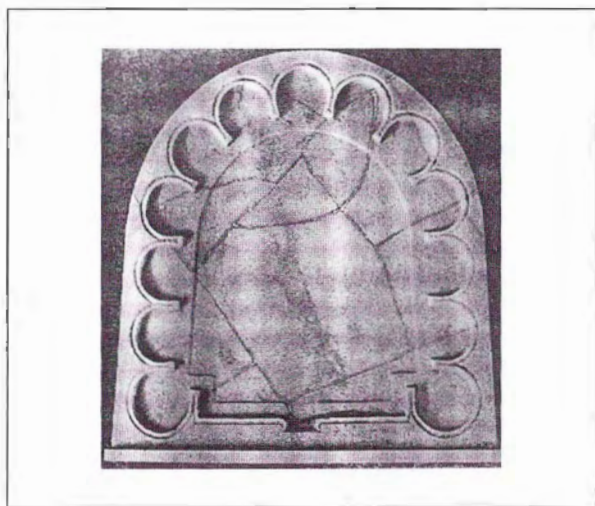


Figura 6.

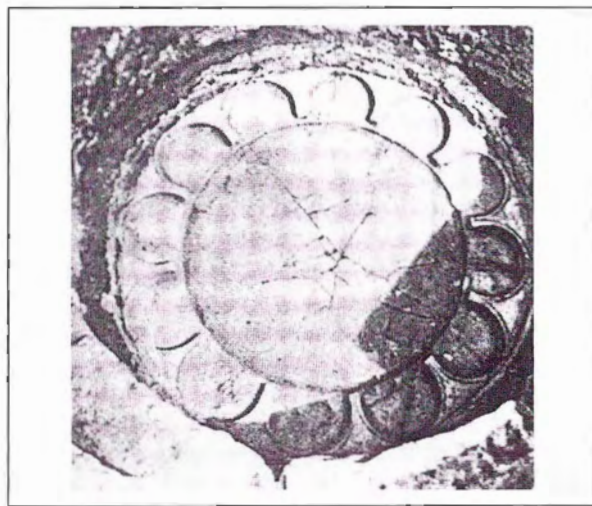


Figura 7.

cristianización o contextos claramente paganos.¹³ En los trabajos más recientes priman las interpretaciones que otorgan una función polivalente a estas mesas, aunque, en la mayoría de los casos, tuvieron una funcionalidad religiosa asociada a la liturgia. Los primeros estudiosos griegos, como Sotiriou y más adelante Barnea y Orlandos, plantearon un uso análogo al de las *mensae martyrum* africanas, con las que guardaban afinidades formales, sobre todo la forma semicircular de algunos ejemplares y la presencia de cavidades. En esta línea interpretativa, las mesas estarían destinadas a los banquetes fúnebres, en concreto al culto funerario en forma de ágape, y los lóbulos servirían para colocar las ofrendas alimenticias destinadas a los difuntos.

Por otro lado, para otros autores, como Deonna (1934, p. 83-90), estas mesas pudieron actuar como altares, y los lóbulos servirían para colocar, en orden y simétricamente, los panes para la comunión de los fieles, estando su origen en las cavidades de los antiguos *keranoi*. Su presencia se podría interpretar como altar principal o como altar secundario en las capillas de ciertos edificios. Más adelante, Lassus (1940, p. 345-353) planteó que inicialmente y de forma originaria se usaron como mesas comunes en casas privadas para las primitivas celebraciones eucarísticas, generalizándose con posterioridad, y explicaba la forma de herradura como la mejor adaptada a la forma del ábside, mientras que Bertacchi (1960), defendiendo su función de ara, insistió sobre el significado simbólico del número de lóbulos.

Paralelamente, Barb (1952, 1956, 1964) se inclinó por un uso destinado a la comunión de los fieles, especialmente los ejemplares sigmáticos. Por otro lado, Scranton (1957, p. 139) apostó en general por un uso sacro para estas mesas, mientras que Nussbaum (1961) señalaba el carácter profano de algunos ejemplares a partir de su hallazgo en ambientes no sagrados, admitiendo, no obstante, que las piezas halladas en los templos cristianos funcionarían como altares eucarísticos. Ahora bien, este

último autor no aceptaba que los panes eucarísticos se colocaron en los lóbulos, sino directamente en las manos de los comulgantes, confiriendo a estos alveolos un sentido decorativo; esta última idea fue seguida, asimismo, por Braun (1924). Partidarios del carácter profano de algunas de estas mesas son también Kitzinger (1961, p. 31, nota 58) y Wessel (1966, p. 116-117), mientras que Roux (1973, p. 176-196; 1981, p. 463), a pesar de conocer datos de localización en contextos profanos, continuó proponiendo un uso litúrgico de estas mesas, aunque no que pudiesen ser altares. De Angelis d'Ossat (1974), refiriéndose a las mesas polilobuladas sigmáticas, indicó la existencia de un significado simbólico en la forma y número de los lóbulos, descartó su uso como altar y planteó que la relativa ligereza de buena parte de estas mesas permitiría una movilidad que haría posible la comunión de los fieles en la *bema* de las iglesias de tradición siríaca o en otras zonas fuera del presbiterio. Bonfioli (1977-1978), finalmente, fue uno de los primeros en estudiar la composición del mármol, apostando, por otra parte, por su carácter litúrgico basándose en el número de lóbulos, que tendría un carácter simbólico.

Los trabajos más recientes, como los de Sodini y Kolokotsas (1984, 203 y ss.), Duval (1984, p. 259-275; 1985, p. 441 y 447-462) y Chalkia (1991, p. 9-17, p. 34-42, p. 66-69, p. 111-131), efectuados con un mejor conocimiento de un mayor número de esta piezas, recogen las tendencias que proponían un uso sagrado y profano, propugnando una multiplicidad de funciones y señalando la importancia de la interpretación del ambiente de hallazgo, que condiciona la valoración del uso de estas mesas. En cuanto a la presencia de los lóbulos formando una orla alrededor del borde de estas piezas, parece que habría que descartar un posible significado simbólico general en el número de estos elementos, dada su variabilidad. Los ejemplares mejor estudiados presentan desde seis hasta catorce de estos alveolos, aunque habitualmente aparecen doce o trece en buen número de estas mesas, cantidad que se podría asociar al número de los apóstoles con o sin Cristo y, por extensión, a una función religiosa.

En el caso de las piezas aparecidas en contextos orientales, es evidente que su estandarización, su difusión y uso más o menos generalizado —de hecho los talleres productores identificados se concentrarían en el Mediterráneo oriental— responderían a una amplia demanda por parte sobre todo de las elites, tanto de índole religiosa como profana, y explicaría su variado carácter. Pero las mesas que se distribuyen comercialmente hacia Occidente, como es el caso que nos ocupa, llegaron con toda probabili-

13. CHALKIA, 1991, p. 66-69, con bibliografía precedente. En el primer caso, el más numeroso, se han documentado en complejos basilicales, atrios y áreas anexas asociadas a las basílicas, monasterios, espacios funerarios y baptisterios. En el segundo grupo, se han hallado mesas de este tipo en residencias privadas, de autoridades eclesiásticas o políticas, refectorios y algunos edificios de naturaleza dudosa. Hay que hacer notar que existe una tendencia a interpretar el carácter de los ambientes donde se han localizado estas piezas, *a priori*, por su supuesta vinculación directa a actividades culturales cristianas, generando ciertos errores de valoración, dado que, como hemos observado, no siempre hay una asociación necesaria con funciones religiosas.

dad a partir de peticiones específicas de comitentes de alto nivel económico, dado que se trataba de piezas con cierto valor pecuniario. La larga distancia del trayecto marítimo, los elevados costes de producción y transporte y su importante contenido simbólico y representativo podrían hacer pensar en encargos eclesiásticos de alto nivel relacionado con las necesidades del culto cristiano. En los fragmentos pertenecientes a la Península Ibérica, y con la información que disponemos, aunque no hay noticias directas de hallazgos *in situ* en ambientes religiosos, las referencias que hemos encontrado siempre las asocian indirectamente a templos cristianos.

BIBLIOGRAFÍA

- BARB, A. A., 1952: Mensa Sacra. Der Marmordiskus von Donnerskirchen, *Jahreshefte des Österreichischen Archäologischen Instituts*, 39, Beilage, coll. p. 5-16.
- BARB, A. A., 1956: Mensa sacra. The Round Table and the Holy Grail, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 19, p. 40-67.
- BARB, A. A., 1964: Krippe, Tisch und Grab. Ein Versuch zur Formsymbolik von Altar und Patene, *Mullus. Festschrift Theodor Klauser (Jahrbuch für Antike und Christentum. Ergänzungsband 1)*, Münster Westfalen, p. 17-27.
- BARRAL ALTET, X., 1978: Mensae et repas funéraires dans les nécropoles d'époque chrétienne de la Péninsule Ibérique: vestiges archéologiques, *Atti del IX Congresso Internazionale di Archeologia Cristiana*, Roma (21-27 settembre 1975), II: Comunicazioni su nuove scoperte, p. 49-69. Città del Vaticano, 1978.
- BERTACCHI, L., 1960: Un singolare tipo di mensa d'altare ad Aquileia, *Rendiconti dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, s. VIII, 15, p. 198-208.
- BONFIOLI, M., 1977-1978: Una mensa a sigma polilobata a Roma, *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, 50, p. 115-128.
- BRAUN, J., 1924: *Der christliche Altar in seiner geschichtlichen Entwicklung*, I, II, München.
- CHALKIA, E., 1991: *Le mense paleocristiane. Tipologia e funzioni delle mense secondarie nel culto paleocristiano* (Studi di Antichità Cristiana, XLVI), Città del Vaticano.
- ANGELIS D'OSSAT, G. DE, 1974: Mobilità e funzioni delle mense paleocristiane a "sigma". La comunione dei laici, *Atti del III Congresso Nazionale di Archeologia Cristiana* (Antichità Altoadriatiche, 6), p. 31-47, Trieste.
- DEONNA, W., 1934: Mobilier délien, *BCH*, 58, p. 1-90.
- DUVAL, N., 1984: Brèves observations sur l'usage des mensae funéraires dans l'Illyricum, *Rivista di Archeologia Cristiana*, 60, p. 259-275.
- DUVAL, N., 1985: *Piscinae et mensae funéraires: de Salone à Aquilée, Aquileia, la Dalmazia e l'Illyrico*, II (Antichità Altoadriatiche, 26), p. 437-462, Udine.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, M., 1904: *Excavaciones en Itálica* (Año 1903), Sevilla.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1960: *Colonia Aelia Augusta Italica*, Madrid.
- GARCÍA MORENO, L. A., 1972: Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica, ss. V-VII, *Habis*, III, p. 127-154.
- HAUSCHILD, T.; SCHLUNK, H., 1978: *Hispania Antiqua. Die Denkmäler der frühchristlichen und westgotischen Zeit*, Mainz am Rhein.
- HERZ, N.; WAELEKENS, M., 1988: *Classical Marble: Geochemy, Technology, Trade*, Proceedings of the NATO Advanced Research Workshop on Marble in Ancient Greece and Rome, II Ciocco, Lucca, Italy, May 9-13 (1988), Dordrecht-Boston-London.
- KITZINGER, E., 1960: A Marble Relief of the Theodosian Period, *Dumbarton Oaks Papers*, 14, p. 17-42.
- LASSUS, J., 1940: Remarques sur l'adoption en Syrie de la forme basilicale pour les églises chrétiennes, *Atti del IV Congresso Internazionale di Archeologia Cristiana*, Città del Vaticano (16-22 ottobre 1938), I (Studi di Antichità Cristiana, 16), Città del Vaticano, p. 335-353.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1975: Los orígenes y el final del Obispado de Elche, *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 14, p. 47-59.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1977: *La primitiva cristiandat valenciana. Segles IV al VIII*, Valencia.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1978: La antigua sede episcopal ilicitana y sus testimonios arqueológicos, *Festa d'Elig. Homenaje a Pedro Ibarra*, Elche, p. 23-28.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1980: El naciente cristianismo (siglos IV-VI), *Nuestra Historia*, II, Valencia, p. 144-150.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1985: Las épocas paleocristiana y visigoda, *I Jornadas de Arqueología del País Valenciano. Panorama y Perspectivas* (Elche, 1983). Anejos de *Lucentum*, p. 383-414, Alicante.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1990: La cristianización. La época visigoda, *Historia de la ciudad de Alicante. Edad Antigua*, I, p. 313-338, Alicante.
- LLOBREGAT CONESA, E. A., 1991: De la ciudad visigótica a la ciudad islámica en el este peninsular», *La ciudad islámica. Ponencias y comunicaciones*, p. 159-188, Zaragoza.
- MÁRQUEZ VILLORA, J. C., 1994-1995: Comercio oriental y culto cristiano en el valle del Vinalopó: la mesa polilobada de El Monastil (Elda, Alicante), *Alebus*, 4-5, p. 110-128.
- MARTÍN GÓMEZ, C., 1984: Arte paleocristiano y visigodo, *Sevilla y su provincia*, Sevilla, p. 133-149.
- NUSSBAUM, O., 1961: Zum Problem der runden und sigmaförmigen Altarplatten, *Jahrbuch für Antike und Christentum*, 4, p. 18-43.
- PALOL, P. DE, 1955-1956: El baptisterio de la basílica de Tebessa y los altares paleocristianos circulares, *Ampurias*, XVII-XVIII, p. 282-286.
- PALOL, P. DE, 1957-1958: Las mesas de altar paleocristianas en la Tarraconense, *Ampurias*, XIX-XX, p. 81-102.
- PALOL, P. DE, 1967: *Arqueología cristiana de la España Romana. Siglos IV-VI, I. Monumentos*, Madrid-Valladolid.
- POVEDA NAVARRO, A. M., 1991: La creación de la sede de Elo en la expansión toledana de finales del s. VI en el SE hispánico, *Actas del XIV Centenario del III Concilio de Toledo (589-1989)*, p. 611-626, Madrid.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R., 1975: *La ciudad romana de Ilici*, Instituto de Estudios Alicantinos, II, 7, Alicante.
- REYNOLDS, P., 1993: *Settlement and Pottery in the Vinalopó Valley (Alicante, Spain) A.D. 400-700*, BAR International Series, 588, Oxford.
- ROUX, G., 1973: Tables chrétiennes en marbre découvertes à Salamine de Chypre, *Anthologie salaminienne* (Salamine de Chypre, 4), p. 133-196, Paris.
- ROUX, G., 1981: Problèmes déliens, *BCH*, 97, p. 137-144.
- SCRANTON, R. L., 1957: Mediaeval Architecture in the Central Area of Corinth (*Corinth: Results of Excavations conducted by the American School of Classical Studies at Athens*), 16, Princeton.
- SERÉE DE ROCH, E., 1953: Tebessa (Theveste): Le Baptistère de la Basilique, *Lybica*, I, p. 288-290.
- SODINI, J. P.; KOLOKOTSAS, K., 1984: Alikí, II: la basilique double, *Études Thasiennes*, 10, Paris.
- WESSEL, K., 1966: Altar, *Reallexikon zur byzantinischen Kunst*, I, coll. p. 111-120.

COL·LOQUI

J. C. MÁRQUEZ VILLORA:

N. Duval rappelle une mise au point récente que le livre d'E. Chalkia sur la typologie des *mensae*, qu'il a faite lui-même dans le catalogue de la sculpture architecturale de Salone (où les exemples de tables «polylobées» sont nombreux) en 1994 (*Salona I*).

À la fois, les lieux de découvertes (à Salamine, à Histria, à Antioche, au Lechaion), etc et la typologie (rebord avec des «assiettes intégrées», avec primitivement un orifice pour le nettoyage du côté rectiligne qui était le seul visible), montrent clairement qu'il s'agit à l'origine de tables de banquets pour *stibadia*, comme le prouve aussi l'iconographie de

la Cène du Christ (ou des banquets profanes) dans les miniatures, les peintures et les mosaïques.

Ces tables ont servi aussi de tables d'autel, c'est indéniable (et M. Duval l'a prouvé par exemple pour l'église de Sbeitla I), mais même dans le cas de découvertes à proximité d'une église, un usage profane (dans le triclinium de la communauté ou du clergé) est possible. Un tel triclinium existe par exemple en Espagne à l'Isla del Rey (voir III Reunio).

Il faut donc abandonner l'appellation de «tables d'autels» ou de «tables paléochrétiennes». Ce matériel n'a pas varié pendant deux à trois siècles, ne peut être daté en soi, et il n'a rien de spécifique «chrétien».

CERÁMICAS DE IMPORTACIÓN DEL YACIMIENTO TARDORROMANO DE GARGANES*

F. Javier Moltó Poveda

INTRODUCCIÓN

Garganes es un pequeño asentamiento situado en el municipio de Altea (Alicante), cuya importancia radica en que se construye en un momento de la romanidad tardía escasamente documentado.

Aunque las estructuras halladas, como las cerámicas analizadas, presentaban un alto grado de deterioro, hemos podido distinguir al menos dos fases en la vida de este enclave. La primera de ellas podría situarse desde el siglo III hasta un momento indeterminado entre mediados y finales del siglo V dC. Las estructuras de esta primera fase se encuentran integradas, o bien amortizadas, en la construcción de la segunda y última fase, que se sitúa desde la segunda mitad del siglo V hasta aproximadamente la segunda mitad del siglo VII dC. Los restos de esta última fase son los que conforman en la actualidad el yacimiento.

El material examinado proporciona una interesante información sobre los contactos comerciales que mantuvo el yacimiento con diversas zonas del Mediterráneo, constatándose una estrecha relación con el norte de África y, en menor medida, con Oriente, el sur de la Galia, el sur de Hispania y la isla de Ibiza.

LA VAJILLA DE MESA

De los ejemplares relacionados con la función de vajilla de mesa hemos considerado como estimados¹ trescientos setenta y dos, de los que un porcentaje altísimo, casi el 94 %, procede del norte de África, en su gran mayoría de la Tunicia septentrional. El resto, con porcentajes similares, pero muy bajos en relación a los de procedencia africana, tiene un origen sudgálico, el 2,69 %, y oriental, el 2,95 %.

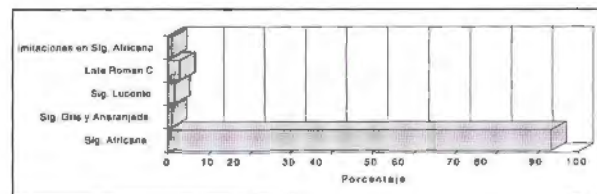
Sigillatas africanas

De los setecientos doce fragmentos de *sigillata* africana identificados hemos considerado como estimados trescientos cuarenta y siete que suponen el 93,27 % del total de la vajilla de mesa y el 58,10 % del material de procedencia africana. La conservación en la que hemos encontrado el material era pésima, presentando una total o casi total ausencia del barniz que caracteriza muchas de estas producciones, además de un elevado grado de fragmentación, que en algunos casos ha hecho muy difícil su clasificación.

* Este trabajo es un resumen de nuestra Memoria de Licenciatura que, bajo la dirección del doctor J. Uroz Sáez, fue defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alicante en septiembre de 1997.

1. Como piezas estimadas hemos considerado solamente los bordes. Todos los porcentajes se han realizado en función del número estimado de ejemplares y nunca sobre el total de fragmentos identificados.

Porcentaje de los distintos tipos de vajilla de mesa identificados



La categoría A (fig. 1.1-3) se encuentra escasamente documentada y tan sólo representa el 8,35 % del total de las *sigillatas* africanas, siendo las formas abiertas tardías, las de la segunda mitad del siglo II y primera mitad del siglo III dC, las predominantes. Si bien la presencia de esta categoría productiva es reducida cuantitativamente, no lo es, sin embargo, a nivel formal, apareciendo una variada gama de formas.

Las formas identificadas de producción A y su porcentaje en relación al total de *sigillatas* africanas son las siguientes: Lamboglia 4/36B, con un ejemplar que representa el 0,28 %; Salom. A 9a / Lamboglia 23 con cuatro ejemplares y el 1,15 %; Lamboglia 1, con ocho ejemplares y el 2,30 %; Lamboglia 2, con seis piezas y un 1,72 %; Lamboglia 9a / 9b, con dos ejemplares y el 0,57 %; Lamboglia 3a, con dos piezas y un 0,57 %; Lamboglia 3c,¹ con un fragmento y un 0,28 %; Hayes 16, núm. 16, con un ejemplar y un 0,28 %; Lamboglia 3b,¹ con dos ejemplares y el 0,57 %; Hayes 31, núm. 2, 6, con dos ejemplares y un 0,57 %.

Hemos de destacar que en Garganes no hay constatados niveles altoimperiales. Este dato, unido a que la mayoría de las africanas A se encontraban en unidades superficiales (17 de los 29 ejemplares estimados), y el resto en unidades donde hay una presencia mayoritaria de africanas D, nos llevó a considerar todo este grupo como material residual procedente de algún yacimiento cercano o bien como material de otro momento de este asentamiento del que no nos ha quedado constancia. Sin embargo, la presencia de cinco sestercios, pertenecientes a Alejandro Severo, Gordiano III, Trajano Decio (dos ejemplares) y uno totalmente ilegible, indicarían, junto al material cerámico de esta época, un hábitat en el asentamiento que podría estar relacionado con las estructuras más antiguas del yacimiento.

En relación con las formas abiertas tardías, el final de la producción A no está muy bien definido, y hay datos que podrían sugerir retrasar el final de la producción de algunas formas. Tal es el caso

de la forma Lamboglia 3a que aparece documentada con platos de la forma 44 y 58 de Hayes en *sigillata* africana C y D respectivamente, en el pecio de Femina Morta datado en los años finales del siglo III y principios del IV dC (Tortorella, 1981, p. 364-365; 1987, p. 283). Por tanto, se sugiere que las últimas exportaciones de africanas A fueran contemporáneas a las primeras exportaciones de africanas D. En ese caso, parte de este tipo productivo documentado en Garganes se incluiría dentro de uno de los períodos del yacimiento donde mayor volumen de llegadas se registra, y que estaría seguramente relacionado con las estructuras arquitectónicas más antiguas halladas en Garganes.

La producción A/D aparece constatada por un ejemplar de Hayes 33, núms. 2, 5, que representa un 0,28 % del total de la *sigillata* africana identificada. Igual que ocurría con el tipo A, el final de la A/D no está claramente delimitado (Tortorella, 1987, p. 284).

La *sigillata* del tipo C (figs. 1.4-6), que supone el 11,23 % del total de la vajilla de mesa de procedencia africana, registra una presencia algo mayor que la del tipo A (39 ejemplares estimados). El tipo

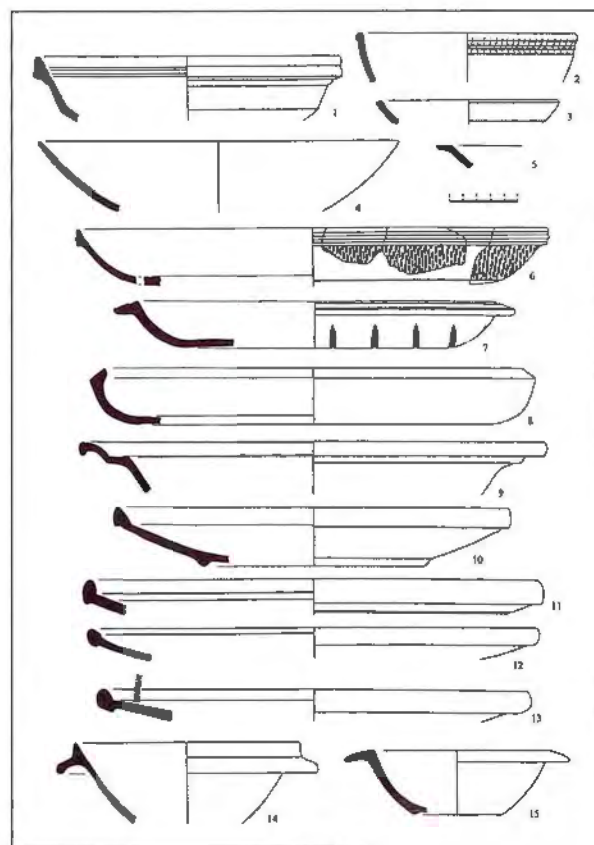


Figura 1.

predominante en Garganes es la Hayes 50 en sus diferentes variantes, con una cronología global que se sitúa desde el segundo tercio del siglo III hasta finales del siglo IV e inicios del siglo V dC. Dentro de esta producción son más abundantes en nuestro conjunto las formas que se adscriben al siglo IV dC y las que, iniciando su producción en el siglo IV, se desarrollan también durante el siglo V dC. Como ocurría con las africanas A, las del tipo C tampoco representan un porcentaje importante sobre el total de las africanas identificadas, pero sí en cuanto a la variedad de formas individualizadas. El repertorio y su porcentaje con respecto al total de la *sigillata* africana es el siguiente: Hayes 50, con veintidós ejemplares y un 7,20 %; Hayes 52A/B, con seis piezas y el 1,72 %; Hayes 57, con dos ejemplares y un 0,57 %; Hayes 67/71, con tres piezas y un 0,86 %; Hayes 71A, con un fragmento y un 0,28 %; Hayes 73, con cuatro ejemplares individualizados y un 1,15 %; y Hayes 84, con dos ejemplares y un 0,57 %.

Hemos de destacar la ausencia de la Hayes 45, fuente característica del siglo III dC que suele estar patente en casi todos los yacimientos que presentan una ocupación durante este período. La falta en nuestro conjunto de piezas de producción C típicas del siglo III dC, podría indicarnos que las importaciones de *sigillatas* africanas en Garganes sufren una crisis por estas fechas, tal vez en relación con la coyuntura del momento. No hay que descartar la posibilidad de que el inicio de las importaciones en Garganes se inicie en los años finales del siglo III dC, si admitimos una producción más dilatada en el tiempo para el final de la categoría A. Asimismo, dentro de la producción C, la única forma documentada típica del siglo III es la Lamboglia 40 bis, pero cuya producción llega hasta los inicios del siglo IV dC pudiendo, por tanto, haber sido importada por estas fechas. Como ocurría con las africanas A, gran parte de las C se relacionarían con las estructuras más antiguas del yacimiento. En líneas generales, las formas típicas del siglo III dC son escasísimas en comparación con el volumen identificado en los demás períodos de vida del yacimiento.

Las *sigillatas* africanas D (figs. 1,7-2,5) son, con diferencia, las más abundantes de nuestro conjunto, representando el 79,53 % del total de este tipo cerámico. Es, por tanto, el grupo más numeroso, tanto cuantitativamente como en lo que respecta al amplio abanico de formas identificadas. Las primeras formas que llegan a Garganes son contemporáneas a las producciones de *sigillata* C tardía. Por ello cabe la posibilidad de que llegaran en un mismo momento, incluso como parte de un

mismo cargamento, tal como ocurre en el pecio de Femina Morta, que demuestra que una misma nave transportaba productos de distintas zonas de origen, en este caso de la Zeugitana y de la Bizacena (Tortorella, 1981, p. 364-365).

Las formas identificadas con los porcentajes con respecto al total de la *sigillata* africana identificada son las siguientes: Hayes 58, con trece ejemplares y un 3,74 %; Hayes 59, con dieciocho ejemplares y un 5,18 %; Hayes 60, con dos ejemplares identificados y un 0,57 %; Lamboglia 9, con siete ejemplares que representan el 2,01 %; Hayes 61, con treinta y cinco ejemplares que suponen el 10,08 %; Hayes 67, con once ejemplares y un 3,17 %; Hayes 78, con un ejemplar y un 0,28 %; Hayes 80/81, con nueve ejemplares que representan el 2,59 %; Hayes 87, con trece ejemplares y un 3,74 %; Hayes 90B, con dos ejemplares y un 0,57 %; Hayes 91, con treinta y cinco ejemplares identificados y un 10,08 %; Hayes 93B, con cuatro ejemplares y un 1,15 %; Ostia III (fig. 128), con siete piezas que suponen el 2,01 %; Hayes 94B, con catorce ejemplares y un 4,03 %; Hayes 99, con cincuenta y cuatro ejemplares y el 15,56 %; Hayes 101, con siete ejemplares y un 2,01 %; Hayes 103, con diecisiete piezas identificadas que representan el 4,90 %; Hayes 104A, con dieciséis ejemplares y un 4,61 %; Hayes 105, con dos ejemplares y un 0,57 %; Hayes 107, con un solo ejemplar individualizado que supone el 0,28 %; Hayes 106, con un ejemplar que representa el 0,28 %; Hayes 110, también con un ejemplar que supone el 0,28 %; Fulford 5 y Fulford 6, las dos únicas formas cerradas identificadas en el yacimiento, y que suponen cada una el 0,28 % con respecto al total de las *sigillatas* africanas identificadas.

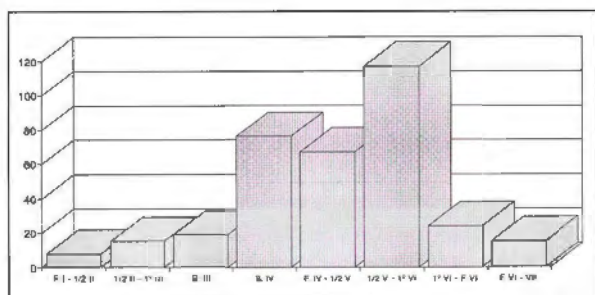
El grupo mejor documentado es el de los platos y fuentes sin pie o con pie atrofiado, que representa el 34,42 % de la africana D identificada. Generalmente en este grupo se incluyen formas que se sitúan desde mediados del siglo IV hasta más o menos la primera mitad del siglo V dC. Los platos y fuentes con pie suponen el 20,65 % y se sitúan desde mediados del siglo V hasta finales del siglo VI o inicios del VII dC, llegando algunas formas como la Hayes 105 a finales de este último siglo. Los cuencos y copas sin pie o con pie atrofiado representan el 16,30 % y generalmente se enmarca desde mediados del siglo IV hasta los primeros años del VII dC, aunque algunas formas pueden llegar hasta mediados de esta última centuria. Los cuencos y copas con pie suponen el 27,89 %, y se sitúan desde aproximadamente mediados del siglo V hasta los inicios o mediados del siglo VII dC. Por

último, las formas cerradas son el grupo peor representado, suponiendo un 0,72 % del total de la *sigillata* africana D identificada, formas que se sitúan en el siglo VI dC.

Las cronologías de algunas formas han experimentado variaciones debido a las investigaciones realizadas en distintos yacimientos durante los últimos años. Así, los resultados obtenidos en la ciudad de Cartago (Fulford y Peacock, 1984), el horno de El Mahrine en el norte de Túnez (Mackensen, 1985), el templo de la *Magna Mater* (Giardina, 1986), la *Schola Praeconum* (Whitehouse *et al.*, 1982), y el vertedero de Vila-roma en Tarragona (Aquilué, 1989), entre otros yacimientos, han permitido ajustar las cronologías de formas como la Hayes 91A y B, que ahora comienzan a fecharse a mediados del siglo IV dC; la Hayes 80, 81, 87A y B, 93B, 94B, 99A y B, 103A y B, y 104A, formas que hoy se fechan a partir de la primera mitad del siglo V dC; la Hayes 91C que se data ahora desde la segunda mitad del V dC; y las formas Hayes 91D y 106 que se fechan a partir de la primera mitad del VI dC.

Durante el siglo IV y el período que va desde finales de este siglo hasta mediados del V dC las importaciones de *sigillatas* africanas en Garganes presentan proporciones muy similares. Sin embargo, desde mediados del siglo V hasta los primeros años del siglo VI observamos un ligero incremento en la llegada de estos materiales, situándose en este momento el punto álgido de las importaciones. La proporción observada en estos períodos no presenta cambios significativos si les unimos las *sigillatas* africanas C tardías y E. Desde inicios del siglo VI hasta mediados del siglo VII se observa en el yacimiento un notable descenso, pareciendo que el cese de las importaciones se produce en un momento indeterminado del siglo VII dC, momento que nos podría marcar el abandono del yacimiento.

Volumen de las importaciones de Sigillatas Africanas por períodos cronológicos

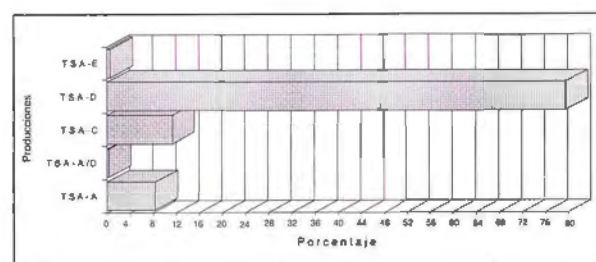


Es importante destacar que desde el comienzo de las importaciones en Garganes de las africanas D, no hay una ausencia importante de formas típicas de ninguno de los períodos que hemos visto. La presencia de formas tan tardías como la 91C y D, 99C, 101, 105, 106 y 107 de Hayes, constataría la importación de las últimas formas que se producen en *sigillata* africana D.

La producción del tipo E se encuentra representada por tan sólo dos ejemplares que suponen el 0,60 % del total de la *sigillata* africana identificada. Las formas individualizadas son la Hayes 68 y la Hayes 70, núms. 8, 9. Esta producción se consideraba hasta hace pocos años ausente en nuestras costas y, aunque su presencia en la Europa mediterránea occidental es rara (Tortorella, 1987, p. 289), se encuentra constatada en otros puntos de la costa mediterránea como la ciudad de Cartagena (Méndez, 1988, p. 140-141).

Los fondos identificados con decoración estampada (Moltó, 1995, p. 225-234) han sido veintiuno. Todos en *sigillata* africana D salvo uno de producción incierta. Diecisiete ejemplares se inscriben dentro del estilo A, mientras que del estilo E se han individualizado tres ejemplares.

Porcentaje de las distintas producciones de sigillata africana identificadas



Imitaciones de Sigillatas africanas

Los ejemplares identificados que se relacionan con la Hayes 87A, 91A/B y 99, formas típicas del siglo V dC, se enmarcan dentro de las imitaciones que se hacían en la segunda mitad del siglo IV y durante todo el siglo V dC (Atlante, 1981, p. 80). Morfológicamente presentan rasgos comunes con las africanas D, sin embargo, la fabricación es totalmente diferente, con unas pastas de coloraciones distintas a las típicamente africanas. Aunque minoritarias en Garganes, constatan la práctica de la imitación de las cerámicas que más aceptación tenían en los mercados. Suponen el 1,07 % del total de la cerámica de mesa.

Sigillata lucente

Se encuentra documentada por seis ejemplares estimados, representando el 1,61 % del total de la vajilla de mesa identificada. Es una cerámica minoritaria y poco competitiva en los mercados con respecto a otras producciones, caso de las *sigillatas* africanas.

Las formas constatadas se reducen a la Lamboglia 1/3 (fig. 2.6) y 14/26. La primera de ellas es la más abundante, con cinco ejemplares estimados, así como en todos los yacimientos tardíos que presentan este tipo de producción (Groupe de travail, 1986, p. 25; Aicart *et al.*, 1991, p. 197-199). Aun siendo típica del siglo IV, está bien documentada en contextos de la primera mitad del siglo V dC (Groupe de travail, 1986, p. 39; TED'A, 1989, p. 176-179). La Lamboglia 14/26 con un solo ejemplar identificado también se documenta en la primera mitad del siglo V, aunque su producción comience con anterioridad a esta fecha. La ubicación de Garganes a escasos metros de la costa es un factor importante de su presencia, ya que la documentación de las lucente en el interior incluso relativamente cerca de la costa es muy rara.

Sigillata gris y anaranjada estampada

Representa el 1,07 % de la vajilla de mesa del yacimiento. Las formas identificadas son la Rigoir 3a (fig. 2.8), con dos ejemplares, y la Rigoir 18, con un ejemplar. De los cuatro ejemplares estimados, tres fueron realizados mediante una cocción reductora y sólo uno, de forma indeterminada, se produjo mediante una cocción oxidante. Los datos que se tienen son muy escasos, sin que todavía haya una clasificación que relacione una forma con una cronología más o menos concreta. Parece que comienzan a producirse hacia mediados del siglo IV pudiendo llegar hasta finales del siglo VI o principios del VII dC. Normalmente aparecen en contextos del siglo IV, sobre todo a partir de su segunda mitad, continuando al menos durante todo el siglo V dC y asociándose generalmente a *sigillatas* africanas D de este último siglo. Son siempre minoritarias en relación a otras producciones, documentándose en casi todos los yacimientos tardorromanos, y de manera mucho más abundante en la costa mediterránea que en otras áreas de la Península.

Sigillatas orientales

Se encuentran representadas en Garganes por las *late roman C*, y suponen el 2,95 % del total de

la vajilla de mesa. Aunque bien documentada, con once ejemplares estimados, solamente aparece constatada la forma 3 de Hayes en sus variantes C y E-F (fig. 2.7), esta última la mejor representada con siete ejemplares.

La *late roman C* fue la gran competidora de las *sigillatas* africanas. Las importaciones de las variantes identificadas en Garganes se producen desde finales del siglo V y durante todo el siglo VI dC, momento que coincide con el período de su máxima difusión en el Mediterráneo occidental.

Su fecha de aparición es hoy por hoy incierta. Se encuentra ausente en los depósitos del Agora de Atenas del siglo IV, estando ya bien representada en este yacimiento en contextos de finales del siglo V dC (Hayes, 1972, p. 329-330). En Tarragona, en el vertedero de Vila-roma, datado en la primera mitad del siglo V dC, no se encuentra documentada (TED'A, 1989). Parece, por tanto, que su inicio podría situarse hacia mediados del siglo V dC. En Cartago es poco frecuente, no obstante, en las excavaciones de la misión británica se encuentran documentados dos ejemplares de esta forma de las variantes E-F y C-E en un contexto en torno al año 500 dC (Fulford y Peacock, 1984, p. 87). En un contexto de igual cronología localizado en la villa de Roses se hallaron dos ejemplares de la variante E (Nieto, 1993, p. 102-104).

LA CERÁMICA DE COCINA AFRICANA

La cerámica de cocina africana (fig. 2.9-14) se encuentra documentada por la presencia de ciento ochenta y cuatro fragmentos, de los que hemos considerado como piezas estimadas ciento treinta y ocho ejemplares, que suponen el 29,05 % del total del material de procedencia africana.

Las formas identificadas y sus porcentajes con respecto al total de la cerámica de cocina africana del yacimiento son las siguientes: Ostia II (fig. 302), con un ejemplar y un 0,72 %; Ostia I (fig. 261), con veintidós ejemplares y un 15,94 %; Ostia II (fig. 302) / Ostia III (fig. 332) / Ostia I (fig. 261), con veintiséis ejemplares y un 18,84 %; Ostia I (fig. 262), con tres ejemplares y un 2,17 %; Ostia IV (fig. 59), con nueve ejemplares y un 6,52 %; Ostia I (fig. 264), con tres ejemplares y un 2,17 %; Lamboglia 9A, con cinco ejemplares y un 3,62 %; Ostia II (fig. 306), con dos ejemplares y un 1,44 %; Lamboglia 10A, con once ejemplares y un 7,97 %; Lamboglia 10B, con tres ejemplares y un 2,17 %; Ostia III (fig. 267), con cuarenta y tres ejemplares y un 31,15 %; Ostia III (fig. 108), con siete ejempla-

res y un 5,07 %; y Ostia I (fig. 270), con tres ejemplares y un 2,17 %. Es de destacar la total ausencia de las ollas y las jarras en el repertorio.

Algunas de las formas documentadas presentan cronologías muy amplias, como la Ostia III (fig. 332) y la Ostia I (fig. 270). Entre estas formas también se incluye la Lamboglia 10B, típica de contextos de época flavia en *Baetulo*, y en menor medida de época antonina. También en *Baetulo*, la Lamboglia 10A, variante de la forma anterior, y la Ostia III (fig. 267), son las formas mayoritarias en contextos de época antonina (Aquilué, 1985, p. 210 y ss.; 1987, p. 69). Tanto la Lamboglia 10B como la Ostia III (fig. 267) aparecen generalmente asociadas a *sigillatas* africanas del tipo A en distintos pecios (Tortorella, 1981, p. 360-361). No obstante, y a pesar de ser productos típicos de época altoimperial, el amplio arco cronológico que describen podría evidenciar su presencia en Garganes como el resultado de un comercio ya en época bajoimperial. Es significativa la abundancia de la Ostia III (fig. 267), pues sólo ella representa el 31,15 % del total de la cerámica de cocina africana, y si bien es una forma que generalmente se asocia a las africanas A, su número es mucho mayor al identificado de toda esta producción.

El resto de las formas identificadas, Ostia I (figs. 261, 262 y 264), Ostia IV (fig. 59), Lamboglia 9A y Ostia III (fig. 108), son ya más comunes en contextos bajoimperiales. Los platos-tapadora Ostia I (fig. 261) y Ostia IV (fig. 59), así como la cazuela Ostia III (fig. 108) son formas típicas en contextos del siglo v dC.

LAS LUCERNAS

Su número es muy escaso, reduciéndose a siete ejemplares estimados, seis de procedencia africana, de los que solamente hemos podido identificar la forma de tres de ellos. El primero, que se inscribe dentro de la forma Bailey P-i, es de cronología muy temprana en comparación a la casi totalidad del material hallado en el yacimiento (Bailey, 1980, p. 314-316). Los ejemplares identificados de la forma Atlante VIII y X (figs. 2.15-16) se enmarcarían dentro del gran comercio de productos africanos que se produce durante los siglos IV al VI dC, contemporáneo a la expansión y masiva exportación de la *sigillata* africana D. La Atlante VIII, que conquistará todos los mercados durante el siglo v, a partir de la segunda mitad de dicho siglo irá cediendo terreno a la Atlante X, hasta ser sustituida totalmente hacia finales del siglo VI dC (Atlante,

1981, p. 192-203). En el yacimiento tardorromano de Benalúa (Alicante) datado en el último cuarto del siglo VI dC, hay un predominio casi absoluto de la forma X (Reynolds, 1987, p. 132-141). En el vertedero de Vila-roma, datado en el segundo cuarto del siglo v dC, la forma VIII supone el 47,3 % de las lucernas identificadas, mientras que la Atlante X no se encuentra todavía documentada (TED'A, 1989, p. 188).

El resto del material identificado, muy fragmentado, nos impide hacer precisiones, salvo constatar el predominio de las lucernas de origen africano.

LAS ÁNFORAS

Se encuentran representadas por setenta y seis ejemplares estimados. Cincuenta y cinco son de procedencia africana y suponen el 72,36 % del total de ánforas y el 11,57 % sobre el total del material africano; cuatro ejemplares son de procedencia oriental y suponen el 5,26 %; seis de procedencia sudhispánica suponen el 7,89 %; y, por último, once ejemplares de procedencia indeterminada suponen el 14,47 % sobre el total de ánforas identificadas en Garganes.

Las formas identificadas y su porcentaje en relación al total de ánforas son las siguientes: de entre las de procedencia africana se encuentran la Key III, con cinco ejemplares que representan el 6,57 %; Key VI, con cuatro ejemplares y el 5,26 %; Key VII, con dos ejemplares y un 2,63 %; Key VIII, con un ejemplar que representa el 1,31 %; Key XXV, con nueve ejemplares y un 11,84 %; Key XXVI, con dos ejemplares y un 2,63%; Key XXVII, con un ejemplar y un 1,31 % con respecto al total; Key XXXV, con dos ejemplares y un 2,63 %; Key XL, con un ejemplar identificado y un 1,31 %; Key LV, con dos ejemplares y un porcentaje del 2,62 %; Key LVII, con un ejemplar y un 1,31 %; Key LXI, con tres ejemplares y un 3,94 % con respecto al total; y la Key LXII, con diecisiete ejemplares, el grupo más numeroso del conjunto, que supone un porcentaje del 22,36 % con respecto al total. De entre las de procedencia oriental, se encuentran la Key LIII, con tres ejemplares y un 3,94 %, y la Key LXV, con un solo ejemplar que supone el 1,31 %. De procedencia sudhispánica se documentan la Key XIII, con un ejemplar y un 1,31 %, y la Key XXIII, con cinco ejemplares que representan el 6,57 % con respecto al total de ánforas identificadas.

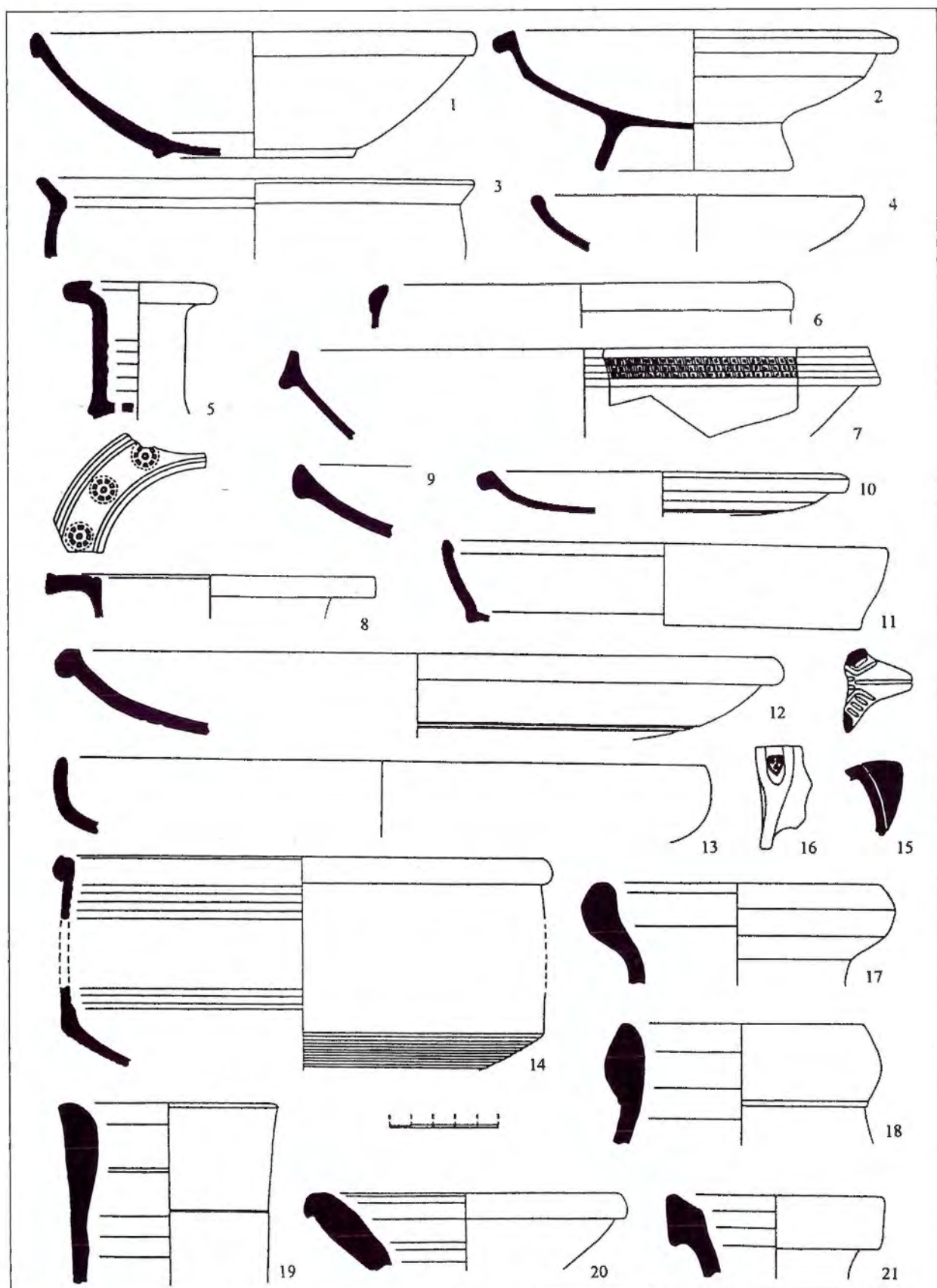


Figura 2.

Ánforas africanas

Representan el mayor porcentaje sobre el total del material anfórico identificado (fig. 2.17-3.4). Los contenedores cilíndricos de época tardía (las ánforas cilíndricas de medianas y grandes dimensiones y el tipo *spatheia*) representan el 70 % del total de las ánforas africanas, siendo también el grupo mayoritario en contextos de mediados del siglo v dC en Cartago, Ostia, la *Schola Praeconum*, *La Bourse*, o el vertedero de Vila-roma. La segunda mitad del siglo v dC es un punto de referencia importante en la vida de Garganes, ya que por estas fechas se documenta la construcción de la última fase del yacimiento, así como la fecha a partir de la cual se incluiría la gran mayoría de estos contenedores cilíndricos tardíos.

El grupo de las «ánforas pequeñas», que corresponde a nuestra forma Keay III, representa el 9 % del total de ánforas africanas. Aunque llega hasta mediados del siglo v es una forma más típica de los siglos III y IV dC. No obstante, está bien documentada en contextos de la primera mitad del siglo v dC como el vertedero de Vila-roma (TED'A, 1987, p. 251-253) o la *Schola Praeconum* (Whitehouse *et al.*, 1982, p. 67).

El grupo de las «africanas grandes» está compuesto en Garganes por las formas VI, VII y VIII de Keay. Los siete ejemplares estimados representan el 12,72 % sobre el total de las ánforas africanas.

Los diez ejemplares estimados de las formas XXV y XXVII de Keay corresponderían al grupo de ánforas cilíndricas de medianas dimensiones, que representan el 18,18 % del total de ánforas africanas.

Las ánforas cilíndricas de grandes dimensiones, nuestras formas Keay XXXV, XL, LV, LVII, LXI y LXII, con veintiséis ejemplares estimados, representan el 47,27 %, casi la mitad del total de ánforas africanas. Este nuevo tipo supone un cambio tipológico fruto de una reestructuración de la producción y del comercio, y se relaciona con la llegada de los vándalos al norte de África (Panella, 1986, p. 259-263). Dentro de este grupo, las formas LXI y LXII de Keay son, con diferencia, las más numerosas en Garganes y las más típicas en la producción de época vándala. Son los tipos predominantes, junto al tipo *spatheia* —aunque en menor medida—, en *La Bourse* (período 2B y 3) desde finales del siglo VI y durante el siglo VII dC (Bonifay, 1986, p. 286-290, p. 293-294). Se encuentran en contextos del segundo cuarto del siglo

VII dC en los niveles de destrucción del barrio bizantino de Cartagena (Gutiérrez Lloret, 1996, p. 382). En contextos de mediados del siglo v comienzan a documentarse con porcentajes muy bajos, tal como sucede en el vertedero de Vila-roma o en la *Schola Praeconum*; no obstante, es hacia la segunda mitad del siglo v y durante el siglo VI cuando su presencia es ya masiva. A partir de mediados del siglo v dC, el volumen de ánforas africanas y, por tanto, el volumen de comercio documentado en el yacimiento presenta los porcentajes más elevados. Este dato parece confirmarse con los resultados obtenidos de las *sigillatas* africanas que presentan a partir de este período su porcentaje de llegadas más alto.

Ánforas orientales

Su presencia es escasa en relación al resto de contenedores originarios de otras regiones del Mediterráneo. Los cuatro ejemplares estimados representan el 5,26 % sobre el total de ánforas identificadas y se reparten entre las formas Keay LIII y LXV (fig. 3.5-6). El repertorio formal es reducido faltando formas típicas procedentes de Gaza, Egipto, Siria o la costa de Asia Menor y las islas del Egeo, bien documentadas en contextos a partir de mediados del siglo v dC como Roma, Marsella, Cartago o Tarragona.

En contextos en torno a mediados del siglo v dC en Roma (*Schola Praeconum* y templo de la *Magna Mater*), los porcentajes de ánforas orientales se sitúan alrededor del 50 % del total de ánforas (Whitehouse *et al.*, 1982, p. 80; Giardina, 1986, p. 39). En Cartago el porcentaje mayor se da en contextos de la primera mitad del siglo VI (Panella, 1983, p. 71). Desde el segundo cuarto del siglo v hasta mediados del siglo VI dC se registra un importante aumento de los intercambios entre Oriente y Occidente, tráfico que continuará, aunque reduciéndose progresivamente hasta el siglo VII dC (Giardina, 1986, p. 450 y 458).

La Keay LIII posiblemente originaria de la zona de Antioquía y típica de contextos de la primera mitad del siglo v hasta el siglo VI dC, es la forma que está mejor documentada en Garganes. En Marsella es la forma más abundante en el segundo cuarto del siglo v dC, estando todavía bien representada en niveles de finales del siglo VI y principios del VII dC (Bonifay *et al.*, 1989, p. 663). La forma Keay LXV, cuya producción parece situarse en la zona del Mar Negro o Egeo septentrional, es típica del siglo VI dC. Estos tipos anfóricos

hay que ponerlos en relación con los ejemplares de *Late Roman C* identificados, que se documentan en Garganes a partir de finales del siglo v y durante todo el siglo vi dC.

Ánforas sudhispánicas

Se encuentran representadas por seis ejemplares estimados que suponen un 7,89 % en relación al volumen total de ánforas. Los tipos identificados son la Keay XIII y la Keay XXIII (figs. 3.7-8).

En la primera mitad del siglo v dC, los porcentajes de ánforas sudhispánicas en la mayoría de los contextos examinados son muy bajos (templo de la *Magna Mater*, *Schola Praeconum*, período 1 de *La Bourse*). La excepción se da en el vertedero de Vila-roma, donde representan porcentajes similares a los de las ánforas africanas y orientales (TED'A, 1989, p. 317). En Marsella en el período 2B de *La Bourse*, datado desde finales del siglo vi hasta la primera mitad del vii dC, ya están totalmente ausentes (Bonifay *et al.*, 1989, p. 663). En Garganes, el porcentaje identificado es bajo y su presencia hay que relacionarla con un momento anterior a la construcción de la segunda fase del asentamiento. Por tanto, las relaciones entre la Bética y el asentamiento de Garganes hay que situarlas aproximadamente entre la segunda mitad del siglo iii y la primera mitad del v dC, momento a partir del cual parece que cesan las exportaciones tanto de aceite como de salazones béticos a los distintos enclaves mediterráneos (Giardina, 1986, p. 438).

Ánforas indeterminadas

Los once ejemplares estimados representan el 14,47 % sobre el total de ánforas identificadas. Porcentajes elevados de ánforas de procedencia indeterminada parecen ser una constante durante todo el siglo v dC, mientras que a partir del siglo vi parece que la producción anfórica se estandariza presentando porcentajes de indeterminadas algo más bajos. En el segundo cuarto del siglo v dC, el vertedero de Vila-roma presenta un índice de ánforas de procedencia indeterminada que se sitúa en el 19,75 % (TED'A, 1989, p. 302), mientras que en Marsella en el mismo período es del 35 %. En esta última ciudad, el porcentaje se reduce al 12 % entre finales del siglo vi y principios del vii dC, y ya durante el siglo vii dC el porcentaje de ánforas de procedencia indeterminada es inapreciable (Bonifay *et al.*, 1989, p. 663).

Estos altos porcentajes de ánforas de origen indeterminado sugieren, por la gran variedad de pastas que presentan, y sobre todo para el siglo v dC, una multiplicidad de pequeños centros que producían ánforas en modestas cantidades para dar salida a sus productos agrícolas excedentarios (Giardina, 1986, p. 451).

OTRAS PRODUCCIONES CERÁMICAS

Incluimos en este apartado un tipo de jarra de procedencia ebusitana y las cerámicas toscas locales o regionales modeladas a mano o a torno lento. Estos tipos cerámicos van a proporcionar una información que nos aproxima a la fecha de abandono del yacimiento.

Las jarras ebusitanas identificadas, típicas de época bizantina (Ramón, 1986, p. 32-33), se reducen a cuatro ejemplares estimados, pudiéndose incluir dentro de las formas RE-0204b, RE-0314b o RE-0314c (fig. 3.13-14). Una de ellas, que se enmarca dentro de las formas RE-0314b o RE-0314c y procede del estrato de abandono de una de las habitaciones, se encontraba junto a un fragmento de *late roman C* de la forma 3 E-F de Hayes y junto a dos fragmentos de ánforas africanas de la forma LXII de Keay. La datación de las formas RE-0314b o RE-0314c se sitúa en el siglo vii dC y confirmaría la cronología tan tardía que nos proporcionan los escasos ejemplares de *sigillatas* africanas que se pueden incluir en este período.

En lo que se refiere a las cerámicas toscas tardorromanas (fig. 3.9-12) parece que la mayoría son de producción local o regional, no obstante se plantea que estas producciones pudiesen participar en un comercio a larga o media distancia (Gutiérrez Lloret, 1993, p. 43). La producción de los tipos más modernos estaría relacionada con la ruptura que se produce en los circuitos comerciales mediterráneos en el siglo vii dC, que provocará la desaparición en los mercados de los productos africanos. Las formas identificadas en Garganes se incluyen dentro de los grupos 4, 5, 6 y 7 de Reynolds (1985, p. 254-259). La fecha propuesta para la producción del grupo 4 se sitúa desde el segundo cuarto del siglo iii dC hasta finales del siglo iv o inicios del siglo v dC. El grupo 5 se fecha durante el siglo v dC pudiendo prolongarse su producción durante los primeros años del siglo vi dC. La presencia en las pastas de los grupos 4 y 5 de gran cantidad de mica dorada ha llevado a considerar la posibilidad de que el centro de producción se encontrase en una zona situada al oeste de la localidad de Jumilla, donde existen

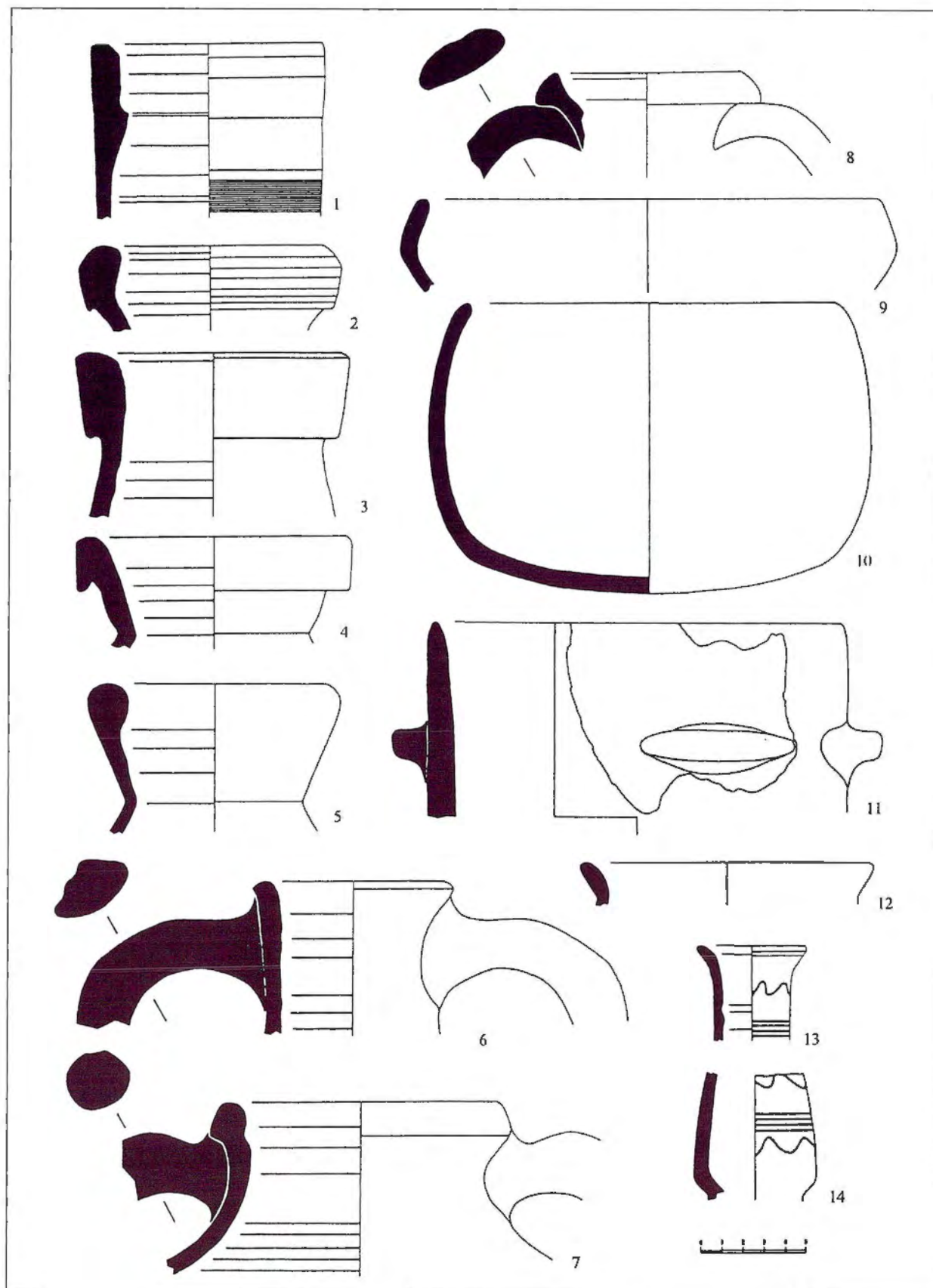


Figura 3.

grandes concentraciones de este mineral (Reynolds, 1985, p. 253). Del grupo 6 hemos identificado un posible ejemplar que se fecharía desde el siglo V hasta la primera mitad del VI dC. El grupo 7 de Reynolds, que este autor fechó a partir de principios del siglo VI hasta un momento indeterminado que podría llegar hasta el siglo VIII dC —planteando incluso la posibilidad de que fuese ya cerámica de época islámica (Reynolds, 1985, p. 257 y 264)—, ha sufrido variaciones fruto de los últimos estudios. Gutiérrez Lloret sugiere que, aunque estas cerámicas puedan datarse entrado el siglo VIII, son, sin embargo, típicas del siglo VII dC y, pese a que su presencia se constata en yacimientos de cronología posterior a esta última centuria, no son propias del mundo islámico, sino que se encuadran dentro de una tradición tardorromana, pudiéndose apuntar una cronología que se situaría en el siglo VII y principios del VIII dC (Gutiérrez Lloret, 1993, p. 43; 1996, p. 73 y ss.).

CONCLUSIONES

El comercio cerámico africano está en estrecha relación con el comercio de productos alimenticios, sobre todo de aceite y salazones y, por tanto, de los contenedores de estos productos: las ánforas. El aceite va a ser uno de los motores del auge de la economía africana convirtiéndose, entre la época de Adriano y Séptimo Severo, en un producto esencial para Roma, Italia y muchas provincias del Imperio. La crisis que sufre la Bética durante la segunda mitad del siglo III dC favorecerá al África proconsular, que terminará sustituyendo a la provincia hispana en el abastecimiento oleario urbano.

La primacía de los productos africanos en todos los mercados es patente ya en el siglo III dC, momento en el que la hegemonía económica, productiva y comercial pasa al norte de África. Esta sustitución de la hegemonía mercantil a favor de África, y concretamente del área de Tunicia, en detrimento de la Península Itálica, y también de otros mercados como los galos e hispanos, con sus correspondientes productos, se observa claramente en el yacimiento de Garganes que, con un origen en el siglo III dC quizás ya avanzado, presenta una total ausencia de productos itálicos, mientras que los galos e hispanos suponen un bajísimo porcentaje, prácticamente insignificante con respecto al volumen total de material africano. La primacía de las producciones cerámicas africanas se constata en la casi totalidad de los yacimientos con contextos del siglo IV-primer mitad del siglo V dC, donde, en el

caso de la vajilla de mesa africana, su presencia llega, en algunos enclaves, a suponer porcentajes del 100 % sobre el total de esta clase cerámica. Entre los yacimientos que ofrecen contextos de esta época y muestran esta primacía, cabría citar, entre otros, el templo de la *Magna Mater* en Roma, *Le Terme del Nuotatore* en Ostia, *Turrus Libisonis* en Cerdeña, la ciudad de Cartago y *Nador* en Argelia (Giardina, 1986, p. 28-29, 48-49, 147-150, 163-167, 204).

Durante este período, las ánforas africanas ofrecen unos porcentajes que se sitúan en el 50 % sobre el total de los contenedores hallados en Ostia y en Roma (Panella, 1993, p. 637), mientras que en la Tarraconense entre los siglos II y IV dC las ánforas de procedencia africana representan porcentajes que oscilan entre el 70 y el 80 % (Keay, 1984, p. 421-422).

Un porcentaje importante del material analizado se inserta en la segunda fase de la vida de este asentamiento, que se sitúa entre la segunda mitad del siglo V y un momento indeterminado del siglo VII dC, posiblemente en su segunda mitad. Es a principios de esta última fase, en plena época vándala, cuando se registra en Garganes el mayor índice de importaciones procedentes del norte de África.

Entre las cerámicas más modernas localizadas en Garganes se encuentran las formas en *sigillata* africana Hayes 90B, 91D, 99C, 101, 105, 106 y 107, y Fulford 5 y 6, así como la *late roman C* Hayes 3. Aunque sus porcentajes son escasos respecto a otras formas de períodos precedentes, ésta es la tónica en todos los yacimientos con contextos posteriores a la dominación bizantina del norte de África. A partir del siglo VI dC las exportaciones de *sigillatas* continúan, aunque su presencia en los mercados occidentales es muy escasa. Si bien todas ellas se sitúan generalmente en contextos de los siglos VI y VII dC, en Garganes aparecen generalmente en estratos superficiales.

Durante la segunda mitad del siglo VI dC el material anfórico africano, que ya durante la primera mitad de este siglo había mostrado un importante retroceso en sus exportaciones, refleja la pérdida de peso específico de los productos alimenticios africanos en los mercados mediterráneos. Los tipos africanos en las estratigrafías de los siglos VI y VII dC se reducen a las ánforas cilíndricas de grandes dimensiones y al tipo *sphateia*. En Garganes, el tipo LXII de Keay es con diferencia el más abundante del conjunto.

Las cerámicas toscas tardorromanas hay que relacionarlas con la crisis en las exportaciones de

cerámicas de cocina africana, que no llegan más allá de mediados del siglo V dC. Los tipos más modernos, los del grupo 7 de Reynolds, junto a los escasos restos de jarras ebusitanas y las formas más modernas de *sigillatas* africanas nos indicarían el momento de abandono del yacimiento, que podría situarse en la segunda mitad del siglo VII dC. Asimismo, debemos indicar que las cerámicas de época islámica, y más concretamente sus primeros registros, los de época emiral, están totalmente ausentes en Garganes.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAROD OTAL, C., 1991: *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*, Zaragoza.
- AICART, F.; LLINÀS, J.; SAGREGA, J., 1991: Primera aproximación a la difusión de la Terra Sigillata Lucente al nord-est de Catalunya, *Cypsela*, 9, p. 197-207.
- AQUILUÉ I ABADÍAS, X., 1985: Algunas consideraciones sobre el comercio africano. Tres facies características de la cerámica común africana de época Alto-Imperial, *Ampurias*, 47, p. 210-221.
- AQUILUÉ I ABADÍAS, X., 1987: *Las cerámicas africanas de la ciudad romana de Baetulo (Hispania Tarraconensis)*, BAR International Series, 337, Oxford.
- ATLANTE I (AA.VV.), 1981: *Atlante delle forme ceramiche I, Ceramica fine romana nel Bacino Mediterraneo (Medio e Tardo Impero)*, Enciclopedia dell'Arte Antica, Roma.
- BAILEY, D. M., 1980: *A Catalogue of the Lamps in the British Museum, II. Lamps made in Italy*, Londres.
- BONIFAY, M., 1986: Observations sur les amphores tardives à Marseille d'après les fouilles de La Bourse (1980-1984), *RAN*, 19, p. 269-305.
- BONIFAY, M.; CONGES, G.; LEGUILLOUX, M., 1989: Amphores tardives à Arles et à Marseille, *Amphores romaines et histoire économique dix ans de recherche. Actes du colloque de Sienne (22-24 mai 1986)*, p. 660-663.
- FULFORD, M. G.; PEACOCK, D. P. S., 1984: *Excavations at Carthage: the British Mission, Volume I, 2, The Avenue du President Habib Bourghiba, Salamambo: The pottery and other ceramic objects from the site*, Sheffield.
- GIARDINA, A. (ed.): 1986: *Le merci gli insediamenti, Società Romana e Impero Tardoantico*, vol. III, Roma-Bari.
- GROUPE DE TRAVAIL SUR LES SIGILLÉES CLAIRES, 1986: Céramiques tardives à revêtement argileux del Alpes du nord et de la vallée du Rhône (de Martigny à Vienne), *Figlina*, 7, p. 19-49.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 1993: La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus, *Primer Encuentro de Arqueología y Patrimonio*, A. Malpica Cuello (ed.), Granada, p. 38-65.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 1996, *La Cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*, Alicante-Madrid.
- HAYES, J. W., 1972: *Late Roman Pottery*, London.
- HAYES, J. W., 1976: Pottery - stratified groups and typology, *Excavations at Carthage 1975, conducted by the University of Michigan I*, American Schools of Oriental Research, p. 47-125, Túnez.
- KEAY, S. J., 1984: *Late Roman Amphorae in the Western Mediterranean. A typology and economic study: the catalan evidence*, vol. 1 y 2, BAR International Series, 337, Oxford.
- LAÍZ REVERTE, M.ª D.; PÉREZ ADAN, L. M.; RUIZ VALDERAS, E., 1987: Nuevos hallazgos bizantinos en Cartagena, *AEA*, 60, p. 281-286.
- MACKENSEN, M., 1985: Prospektion einer Spätantiken Sigillatöpferei en El Mahrine (Nordtunesien), *CEDAC CARTHAGE*, Bulletin 6, p. 29-39.
- MÉNDEZ ORTIZ, R., 1988: El tránsito a la dominación bizantina en Cartagena: las producciones cerámicas de la plaza de los Tres Reyes, *Antigüedad y Cristianismo*, 5, p. 31-164.
- MOLTÓ POVEDA, F. J., 1995: Las cerámicas africanas con decoración estampada procedentes de Garganes (Altea, Alicante), *Actas del XXIII CNA*, II, p. 225-234.
- NIETO PRIETO, F. J., 1993: *El edificio "A" de la ciudadela de Roses (La Terra Sigillata Africana)*, Girona.
- PANELLA, C., 1983: Le anfore de Cartagine: nuovi elementi per la ricostruzione dei fluggi commerciale del Mediterraneo in età imperiale romana, *Opus*, 2, p. 53-71.
- PANELLA, C., 1993: Merci e scambi nel Mediterraneo tardoantico, *Storia di Roma III, 2. L'Età Tardoantica. I Luoghi e le Culture*, p. 613-697, Turín.
- RAMÓN, J., 1986: *El Baix Imperi i l'època bizantina a les Illes Pitiuses*, Ibiza.
- REYNOLDS, P., 1985: Cerámica tardorromana modelada a mano de carácter local, regional y de importación en la provincia de Alicante, *Lvcentvm*, IV, p. 245-267.
- REYNOLDS, P., 1987: *El yacimiento tardorromano de Lvcentvm (Benalúa-Alicante): Las cerámicas finas*, Catálogo de fondos del Museo Arqueológico (II), Diputación Provincial de Alicante, Alicante.
- RIGOR, J., 1968: Les sigillées paléochrétiennes grises et orangées, *Gallia*, XXVI, p. 177-224.
- TEDª A (AA.VV.), 1989: *Un abocador del segle v dC en el fòrum provincial de Tàrraco*, Memòries d'excavació, 2, Taller Escola d'Arqueologia, Tarragona.
- TORTORELLA, S., 1981: Cerámica di produzione africana e rinvenimenti archaeologici sottomarini delle medie e tarde età imperiale: análisis dei dati e dei contributi reciproci, *MEFRA*, 93, I, p. 355-380.
- TORTORELLA, S., 1987: La cerámica africana: un riesame della problematica, *Céramiques Hellenistiques et Romaines*, II, p. 279-327.
- WHITEHOUSE, D.; BARKER, G.; REECE, R.; REESE, D., 1982: The Schola Praeconum I: the coins, pottery, lamps and fauna, *PBSR*, vol. L, p. 53-101.
- ZEVI, F.; TCHERNIA, A., 1969: Amphores de Byzacène au bas-empire, *AntAfr*, 3, p. 173-214.